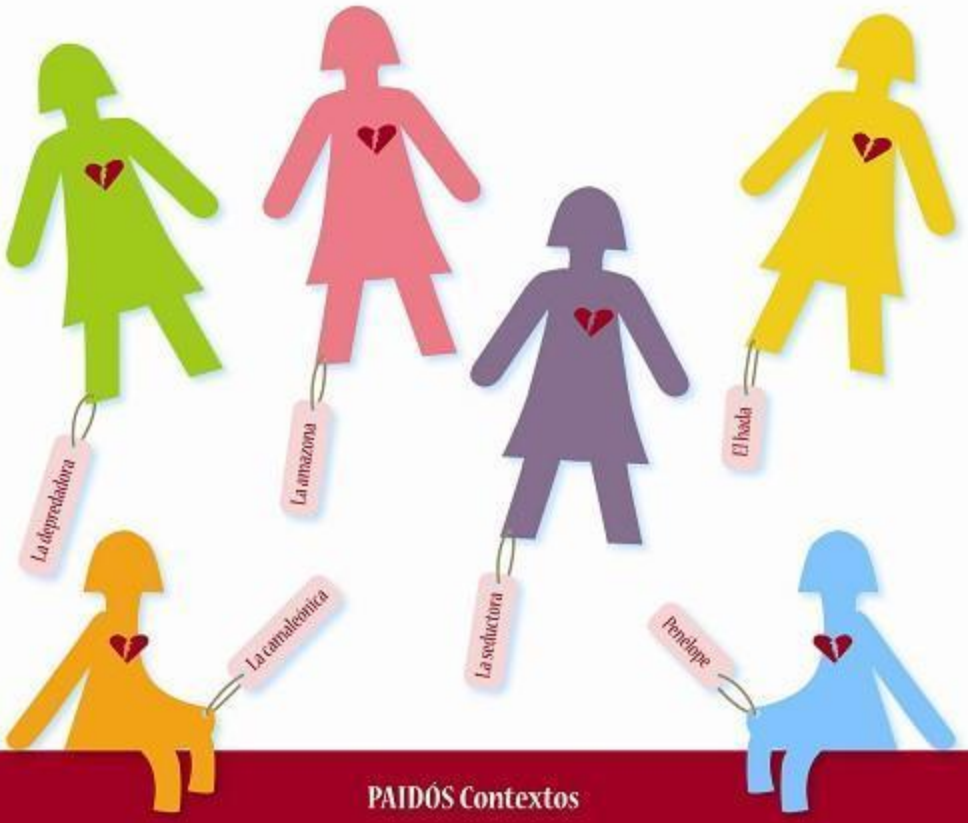
Giorgio Nardone

# Los errores de las mujeres en el amor




PAIDÓS Contextos

**Prólogo**

Este libro, a diferencia de los demás que he escrito, no nace del resultado de una investigación aplicada al estudio de las patologías psíquicas y a su terapia, ni del análisis de los problemas de gestión y sus soluciones, sino más bien de la «observación participante» aplicada a las dinámicas amorosas y sentimentales del gran número de personas con las que he interaccionado a lo largo de mi vida.

De hecho, en esta reflexión, el investigador y el especialista médico dejan paso al simple observador de la comedia humana, continuamente en escena ante nuestros ojos y a la que a menudo prestamos muy poca atención, aunque la mayoría de las veces, en su característica absurdidad, supere incluso la más ardiente de las fantasías.

En este caso, la observación ha sido posible gracias a mi relación directa con el universo femenino como pareja, amigo, profesor y terapeuta; en resumen, como aquel que, desde hace décadas, conoce de primera mano la extraordinaria capacidad de las mujeres para complicarse la vida.

No obstante, mi larga experiencia como estudioso de «patrones de comportamiento» y de «modelos redundantes de conducta» me ha llevado, de forma casi natural, a advertir una serie de «guiones de gestión» que las mujeres interpretan en las dinámicas amorosas. Como veremos más adelante, estos no son «modelos patológicos», sino estrategias de actuación adquiridas a través de experiencias personales, interpersonales y familiares que el sujeto repite continuamente, la mayoría de las veces sin ser consciente de ello.

Por lo general, en un primer momento dichos patrones responden a las exigencias de manera eficaz y, por este motivo, se van estructurando como «mecanismos automáticos», pero luego se convierten en modalidades rígidas que de ser funcionales pasan a ser su contrario disfuncional. Una buena solución se transforma, por tanto, en error y en fuente de problemas.

La mayoría de los guiones que las mujeres interpretan en el amor pueden ilustrarse a través de los mitos históricos y literarios que forman parte de la cultura antropológica femenina. Algunos de ellos hunden sus raíces en las tradiciones más antiguas, mientras que otros son fruto de la moderna evolución del papel de la mujer en la sociedad, en la familia y en la pareja. Esa es la razón por la que mis definiciones han sido tomadas en parte del lenguaje de los cuentos y de la literatura. Otras, en cambio, hacen referencia a imágenes del propio guion.

Lo que pretendo con mi exposición es proporcionar a las mujeres un «conocimiento operativo» entendido como competencia no solo para «comprender», sino, sobre todo, para «actuar» ante las trampas que tan bien saben urdir en sus relaciones y en las que luego terminan atrapadas. La formulación de los modelos redundantes de conducta femenina en las relaciones con su pareja vendrá seguida de la narración de una historia que nos permitirá adentrarnos a fondo en la experiencia de la mujer que actúa en dichos guiones.

La lectora ingenua o ideológica podrá objetar que un hombre no puede entender a las mujeres: solo otra mujer puede hacerlo. Pero, en realidad, como nos muestra «el enunciado de indecibilidad» de Gödel, precisamente quien forma parte de un sistema no tiene la capacidad de proporcionar una observación y una valoración plena y correcta del

mismo. En cambio, quien interacciona con este sistema desde el exterior, entrando y saliendo, goza de un punto de vista privilegiado. Por eso, un hombre puede describir mejor el mundo de los guiones sentimentales de las mujeres. Además, en este caso específico, quien, como yo, estudia psicoterapia, participa del bello sexo a un 85 %. Así, desde hace más de veinte años, desempeño como profesión el papel del maestro al que piden consejo y con el que hablan sobre sí mismas y sobre su relación con el otro sexo. Tal papel me convierte en testigo de excepción del universo femenino y de sus retorcidas dinámicas, tanto como para haberme estimulado a reflexionar sobre cómo incluso las más inteligentes, bellas y triunfadoras en la vida profesional son, en sus respectivas vidas sentimentales, desastrosamente capaces de autoengaños sublimes. De hecho, cuando las mujeres hablan entre ellas de amor y de sentimientos, se arriesgan a generar un sinfín de complicaciones, y querer hacerlas razonar, afirma el escritor austriaco Alfred Polgar, es como querer atrapar el aire con las manos. Por tanto, la fea mirada del hombre, de ese «bárbaro en cuestión de sentimientos», se hace necesaria para ofrecer una visión correcta de cómo gestionan sus relaciones amorosas. En resumen, la óptica masculina aplicada, con sus límites, más a la concreción sintética de los hechos que a la evanescencia analítica de los sentimientos hace las veces de útil reductor de complejidad, lo cual permite que las mujeres se vean desde fuera y que consideren de manera pragmática el funcionamiento y los efectos de sus acciones y reacciones al relacionarse con los hombres.

**Si ninguno es culpable, ambos lo son**

Hace muchos siglos, el filósofo estoico Epicteto afirmaba: «Acusar a los demás de las desgracias propias es la vía de la ignorancia; acusarse a sí mismo significa comenzar a entender; dejar de acusar a los demás y a uno mismo es la vía de la sabiduría».

Para pelearse hacen falta dos, lo mismo que para dar por zanjada una relación amorosa, independientemente de quién culmine el gesto definitivo que ratifica el fin. Y aunque ninguno sea culpable del todo, cada uno tiene su buena dosis de responsabilidad. A quien sufre en una relación sentimental le cuesta digerir este concepto. Sin embargo, la mayoría de las veces, incluso en casos de clamorosa infidelidad, puede observarse una complementariedad entre los dos elementos de la pareja, origen de tal comportamiento indecoroso.

Ardengo Soffici, refinado intelectual toscano de comienzos del siglo XX, dijo, rescatando un lema de los antiguos egipcios: «No me gusta que la policía se inmiscuya en cuestiones amorosas; pero si tuviera que hacerlo, en el caso por ejemplo de una mujer pillada en flagrante adulterio, que empiece por arrestar al marido. Nueve de cada diez veces la culpa es suya».

En otras palabras: lo verdaderamente relevante es que aunque en una relación sentimental las responsabilidades no se distribuyan a partes iguales, siempre existe una interacción complementaria. Las víctimas crean sus propios verdugos al igual que los tiranos crean a sus sometidos en un juego de relaciones tipo síndrome de Estocolmo.

Así pues, intentar perseguir a un presunto culpable es tan engañoso como que uno de los dos asuma la total responsabilidad de lo que ocurre.

Los «guiones» que describiremos y discutiremos a continuación están basados en la

observación de las complementariedades disfuncionales que presentan los miembros de la pareja en las relaciones amorosas y nunca en el enjuiciamiento de quién es más culpable.

En efecto, el hecho de detectar y castigar al presunto mayor responsable no resuelve el problema en absoluto; todo lo contrario, la mayoría de las veces lo complica aún más, pues el supuesto culpable se convierte a su vez en víctima del castigo.

Por lo tanto, hablar a las mujeres de sus errores no significa declararlas culpables absolutas de sus desastres sentimentales, sino que, más bien, lo que se pretende es hacerles ver aquellos que, en tal o cual dinámica, poseen más recursos y poder para conseguir un cambio constructivo.

**El poder tiene nombre de mujer**

Antes de proceder, considero que es útil tratar de inmediato un aspecto metodológico fundamental. Es necesario desmontar una manera recurrente, aunque falaz, de abordar el tema de los errores en el amor, es decir, la reacción habitual de las mujeres ante este argumento, que se resume en la pregunta: «¿Y el hombre?», en referencia a las carencias masculinas a la hora de gestionar sus relaciones sentimentales.

Esta típica forma de oposición argumentativa, que desplaza la atención hacia el otro y hacia sus culpas, como bien saben los expertos en *problem solving*, es el primer paso hacia una tipología errónea de investigación de problemas, pues elude el necesario análisis de los errores propios antes de pasar a la valoración de los de los demás.

De hecho, una vez reconocidos los errores, cambiaré la forma en que me relaciono y, por consiguiente, haré que cambie también la de mi pareja. Operación esta mucho más accesible y realizable que la de pretender que cambie primero el otro.

Como dijo Gandhi: «Si quieres cambiar el mundo, empieza por cambiarte a ti mismo».

No obstante, cuando se analizan las dinámicas amorosas y sentimentales, lo que vuelve aún más decisivo el deseo de querer centrarnos en las estrategias femeninas es el hecho de que la mujer de hoy, en este sentido, tiene mucho más poder que el hombre. Por eso, en la mayoría de los casos, ella representa la pieza clave en la que podemos apoyarnos para instigar el cambio en la relación de pareja.

Declarar esto parece contradecir el papel histórico del hombre, pero la verdad es que, en las últimas décadas, la balanza del equilibrio de las parejas está completamente inclinada hacia el lado femenino.

El poder del hombre se ha desgastado, no tanto por los procesos de emancipación de la mujer, sino, sobre todo, por el progresivo desvanecimiento del mito de la potencia masculina.

Además, en el mundo occidental, la sociedad y las familias hiperprotectoras han favorecido a todas luces una dulce castración del hombre tradicional, el cual delega gustoso en la mujer responsabilidades y papeles ostentados en el pasado.

A la mujer moderna, por otra parte, quizá la haya hecho feliz arrogarse este poder, aunque a veces una conquista, si se repite, se vuelve en contra del propio vencedor.

El hecho de que la mujer se sienta primero gratificada por esta notable responsabilidad en la toma de decisiones, para luego, con el tiempo, descubrir que está

profundamente decepcionada y en apuros se convierte en una trampa relacional.

Como veremos, según las características de la mujer, a esta situación le corresponderá el desencadenamiento de un guion sentimental disfuncional de gestión de la relación. Sin embargo, este es solo uno de los ejemplos, entre muchos, de cómo ahora el papel de la mujer es determinante en la dinámica entre los miembros de una pareja. Además, al ser las mujeres, con respecto a los hombres, más proclives a la autocrítica, en cualquier intento de resolución de un problema adoptarán, sin lugar a dudas, el rol del más colaborador y dispuesto al cambio. Las mujeres son más dadas a la autocrítica; en los hombres, esto es menos frecuente.

En resumen, lo que quizá legitime más que cualquier otro argumento el hecho de referirme a las mujeres en lugar de a los hombres es que son ellas las que se quejan en serio de sus insatisfacciones sentimentales. Rara vez oiremos a un hombre lamentarse de sus decepciones amorosas, mientras que las mujeres lo hacen continuamente. Y como es bien sabido, la primera regla para un *problem solver* es la de tratar a quien se queja del problema.

**El guion sentimental**

En la tradición teatral, los actores interpretan papeles y caracteres basados en personajes y modelos recurrentes. El actor aprende a interpretar estos arquetipos humanos a través de los guiones o, lo que es lo mismo, la serie determinada de actitudes y comportamientos que pintan al personaje en escena. Esta me ha parecido la analogía que mejor simboliza los distintos tipos de dinámica sentimental recurrente que podemos observar en las mujeres.

Quizá la definición más rigurosa habría sido la de «patrón», concepto que sirve para indicar las dinámicas recurrentes que mantienen el equilibrio de un sistema, pero he preferido una analogía menos árida relacionada con el universo del teatro, pues este es un arte que desde siempre ha expresado, mediante sus personajes e historias, el drama o la comicidad de las dinámicas humanas.

La diferencia en nuestro caso es que los arquetipos son reales y no personajes teatrales, y que la mayoría de las veces no eligen sus acciones, sino que las soportan o perpetran de manera espontánea sin una planificación lúcida.

Los guiones sentimentales no son, por tanto, declamaciones del sujeto, papeles que elige interpretar, sino acciones y reacciones propias fruto de su estilo personal. Por este motivo tienden a mantenerse constantes incluso cuando se cambia de pareja: la persona sigue interpretando su personaje en diferentes comedias.

A los fríos racionalistas todo esto les podrá parecer la prueba de la irracionalidad o quizá de la estupidez de los seres humanos, pero el experto en la formación de los problemas y sus soluciones sabe perfectamente, más allá de las arquitecturas rígidas y autorreferenciales del pensamiento racional, que estas son las modalidades de relación recurrentes entre el sujeto y su realidad. «Toda explicación es una hipótesis, pero no existe explicación hipotética sobre el amor», afirmaba a este respecto Ludwig Wittgenstein.

Ninguno de nosotros puede evitar construir un estilo de gestión de la realidad único basado en su propia experiencia que, con el tiempo, recompone como un rompecabezas

mediante la combinación de las modalidades que han demostrado ser capaces de producir los resultados deseados.

Es precisamente la eficacia de ciertas modalidades lo que nos induce a adquirirlas como algo que se puede volver a plantear en situaciones análogas.

Por lo tanto, los que defino como guiones sentimentales son modalidades determinadas y bien específicas de gestión de la relación con la pareja, resultado de la experiencia individual de «asimilación y adaptación». El gran psicólogo Piaget adoptó estos dos últimos conceptos para definir el proceso evolutivo de descubrimiento → aprendizaje → adquisición de las capacidades de gestión de la realidad circunstante que cada individuo pone en práctica a lo largo de su vida. En nuestro caso, este proceso se aplica al mundo de las relaciones afectivas y emotivas que luego se convertirán en amorosas y sentimentales.

Pido disculpas por esta divagación teórica, necesaria para descartar tanto las hipótesis psicodinámicas de los traumas infantiles o las pulsiones viscerales como las psiquiátricas biologistas, relativas a cualquier gen que podría determinar la repetición de comportamientos específicos en las relaciones sentimentales.

Los patrones de acción y reacción se repiten en cuanto modalidades dinámicas que mantienen el equilibrio de la persona y de su identidad al relacionarse con el otro.

La lectora, al llegar a este punto, se preguntará: «¿Dónde está el problema?».

Hasta aquí todo parece ser perfectamente natural, fruto de una adaptación darwiniana y de un crecimiento piagetiano del individuo. Ahora bien, el problema surge cuando el intérprete ya no logra cambiar su personaje, cuando el papel, en sentido teatral, no puede modificarse más, pues el actor se ha encasillado en él.

Esto ocurre en el amor cuando se insiste en el mismo guion incluso ante el fracaso, cuando se tiene la incapacidad de cambiar esa serie de actitudes y comportamientos que alimentan la disfuncionalidad de la relación sentimental.

Por desgracia, el amor, como todas las cosas, también evoluciona, de modo que para que la relación entre los dos miembros de una pareja se mantenga, puede que necesite cambiar su dinámica.

Así pues, lo que en un primer momento ha posibilitado el contacto y la relación sentimental debe poder ser readaptado después a las circunstancias evolutivas de la vida en pareja.

Si esto resulta imposible por la rigidez que ha adquirido el guion de relación, la crisis será inevitable.

Parafraseando a Verlaine, la relación amorosa es como un navío con las velas desplegadas empujado por un viento impetuoso y que corre el continuo riesgo de chocar contra los escollos que, inevitablemente, encuentra en mar abierto si su timonel no lo gobierna con habilidad.

En tiempos ahora lejanos, el hombre se atribuía el derecho de ser el «timonel», aun cuando las mujeres, capaces de elaborar subterfugios de amor, lo manipulaban sutilmente.

Hoy en día, el hombre ni de lejos se arroga ya ese papel y es, por tanto, la mujer la que se encuentra con el timón en la mano y con el deber de convertirse en hábil timonel.

**Los guiones que las mujeres interpretan en el amor**

La formulación de los «patrones de relación», que he definido como guiones, se realizó sometiéndolos a la evaluación de más de un centenar de colegas y colaboradores, que verificaron no solo su existencia, sino también el hecho de que se interpretan reiteradamente tanto en sus vidas como en las de sus pacientes. Luego, hace casi un año, en el seminario especializado en Terapia de Parejas, presenté esta contribución un poco provocadora, dado que los participantes eran en su mayoría psiquiatras y psicoterapeutas mujeres y feministas. Para mi sorpresa, las colegas, venidas de todos los rincones del mundo, no me criticaron, sino que apreciaron mucho mi ponencia, declarando que parecía cualquier cosa menos una provocación machista sobre las incapacidades femeninas. Al contrario, consideraron que mi formulación de los guiones sentimentales era un mapa útil del territorio de las relaciones amorosas y de las rutas, a menudo erróneas, que las mujeres trazan para atravesarlo.

Todo esto me animó e impulsó a creer que era necesario transferir dicha formulación a un texto de consulta y lectura fácil.

Lo que sigue, por tanto, es la exposición de diecisiete guiones sentimentales obtenidos mediante la descripción de cada uno de ellos en términos de modelos de acción y retroacción pragmáticos, seguida de la narración de una historia ejemplar, de modo que quien lea pueda comprender formalmente la dinámica e identificarse con el personaje y con sus vivencias.

**Guion 1**
***El hada***

Guapa, capaz, buena, siempre movida por las mejores intenciones; en equilibrio entre elegancia y sobriedad; fascinante, siempre dulce y atenta con todos; inteligente, diligente y triunfadora tanto en los estudios como en la vida profesional. Así puede describirse al hada contemporánea: tan perfecta en apariencia que casi deberíamos evitar tener contacto con ella para no «contaminarla».

Sin embargo, hasta una mujer con todas estas cualidades cae en dramáticos errores sentimentales y de relación con la pareja. De hecho, al igual que toda medicina tomada en altas dosis se transforma en veneno, ser «siempre adorable» puede llegar a convertirse en una poción letal para el hada. La limitación más evidente de su forma de actuar en el amor le viene dada por su incapacidad de comenzar, y luego mantener, una dinámica conflictiva en el interior de la relación. El hada tiende inevitablemente a querer superar las adversidades a cualquier precio, aun cuando este resulte deletéreo para la relación en sí. Impulsada por este estímulo, consigue pasar delicadamente por alto cualquier agravio o error que se presente, porque, para ella, la exigencia primordial consiste en conservar la serenidad en su relación con la pareja: todo, como en los cuentos de hadas, debe tener un final feliz.

Por desgracia para ella, a menudo nuestra «hada» elige parejas complementarias. De hecho, el modelo de hombre con el que más se la relaciona no es un «mago» pacífico y dócil, sino más bien una persona maleducada movida no precisamente por las mejores intenciones, sino por las pasiones más negativas. Este, que contrapondrá maneras de actuar diametralmente opuestas a sus buenos modos, o sea, agresividad y mala educación,

incorrección y, la mayoría de las veces, también propensión a la infidelidad, masacrará literalmente a la dulce hada. Una combinación, pues, hada-infiel tan letal para la primera como extremadamente frecuente.

Esta modalidad de asociación complementaria, además, no se limita a la esfera sentimental, sino que se manifiesta también en las amistades, sobre todo en las femeninas. De hecho, nuestra mujer de las maravillas termina a menudo maltratada y traicionada por las amigas más íntimas e insospechadas. Es como si siempre consiguiera suscitar un imprevisible rencor, incluso en las personas en apariencia más benévolas, por culpa, sin duda, de su insoportable ausencia de defectos. ¿Cuál es entonces el motivo de tanta iniquidad? El hecho de ser demasiado perfecta. Se trata, como es evidente, de un perfil muy extendido en la adolescencia, cuando los equilibrios intentan consolidarse a duras penas. No obstante, no es infrecuente encontrarse con esta disposición conductual en edad más adulta, probablemente a causa de una ralentización del desarrollo de la personalidad.

El hada, aun cuando por experiencia directa se convenciera de que el mundo es malo en esencia, sería incapaz, ni siquiera frente a dicha evidencia existencial, de adquirir un poco de esa sana y necesaria malicia. Al final, por tanto, se daría cuenta de que la que falla es ella y viviría trágicamente la paradoja de verse castigada por ser demasiado amable. Solo una vez llegada a esta toma de conciencia, a veces se desencadena en ella la reacción, demasiado humana incluso, de querer transmutarse en su contrario. Una transformación que, sin embargo, nunca la hará ácida, agresiva, infame o malintencionada, pues le resulta impracticable. Por ello, la única posibilidad de némesis es la de convertirse en «bruja de los sentidos» en lugar de «de los comportamientos», y entonces podremos ver a la «siempre adorable» convertirse, en lo más remoto de su ser conductual, en pecaminosa y agresiva. De esta transformación deriva una disfunción interior entre las dos maneras de actuar en las relaciones humanas que, si se hace explícita y se exterioriza por completo en la modalidad adquirida y no en la innata, no podrá evitar que se le vuelva en contra. De hecho, la pérdida de las cualidades primigenias, si no va acompañada de una capacidad de gestión real de la maldad de los demás, es una mera operación de maquillaje que conducirá a nuestra hada al desastre, pero esta vez hasta con buenas razones a favor de quien la considere culpable.

**La historia de Georgina**

Sus largos tirabuzones rubios se le deslizaban por los hombros y caían sobre el teclado del piano. Sus dedos, largos y sinuosos, pasaban de las teclas blancas a las negras dejando que del instrumento fluyera la penetrante gama de sonidos de un nocturno de Chopin.

Bajo el largo vestido oscuro se adivinaba la forma en que aquel cuerpo sinuoso seguía el flujo de la música...

Terminó de tocar y se levantó. Como de costumbre, su silueta se recortaba alta, casi estatuaria, ante un público que rompió en un aplauso sincero y ensordecedor.

Su sonrisa luminosa y su mirada angelical parecían proceder de otro mundo, como si acabase de salir del cuento de hadas más bello jamás contado.

Georgina era realmente bella, una pianista joven y, no obstante, admirada. No faltaban maestros que rivalizaran entre ellos por impartirle los pocos secretos que aún no

conocía, pero lo que en realidad la hacía superior a otros talentos era su luminosidad, aquel porte que la distinguía de todos.

Su belleza era el connubio perfecto entre una virgen de Filippo Lippi y una de las Gracias de la *Primavera* de Botticelli. Cada uno de sus movimientos era elegante, como guiado por una armonía interior. Y, sin embargo, su fragilidad residía en un carácter emocionalmente inestable, delicado, hasta el punto de tener no pocos problemas a la hora de relacionarse con los demás, en particular con los hombres.

Georgina estaba viviendo una historia un tanto controvertida, una pasión vertida a manos llenas con un marido un poco pigmalión y un poco maestro, pero, sobre todo, objeto de sus deseos.

Oscilante, así percibía que era su amor. De vez en cuando se sentía satisfecha y protegida, pero la mayor parte del tiempo advertía una condición de dependencia y sumisión que chocaba con sus ganas de sentirse libre de expresar ciertas instancias interiores que estaban emergiendo lentamente en su forma de actuar y que contrastaban con la imagen que todos tenían de ella. Se sentía prisionera de su personaje que, en parte, ella misma había construido.

Tanto en la vida como en el arte que la rodeaban, desde la pareja hasta los familiares, la habían encasillado en el papel que mejor sabía interpretar: el del hada seductora siempre capaz de hechizos sublimes, incluso cuando se sentaba ante el piano.

A Georgina le llegó el deseo de tener un hijo; se sentía preparada para dar aquel paso. «Ni se te ocurra», le dijo el marido. «Piensa en tu carrera», continuó, mientras en realidad tenía en mente la suya. Ella no dijo nada, no le estaba concedido cogerse una rabieta, ni mucho menos amenazar con represalias. Mantuvo una vaga tristeza por dentro y siguió adelante con la esperanza, colmada quizás algún día, de poder satisfacer aquel deseo cada vez más apremiante. Sin embargo, tenía que desahogarse de alguna manera. Así que, para compensar la frustración, para huir del dueto piano-pareja o quizá solo para enriquecer sus competencias artísticas, Georgina comenzó a asistir a un curso de recitación teatral.

El profesor de la compañía con quien dio los primeros pasos era un conocido. Había asistido a varios de sus conciertos, y había ido después a felicitarla, pero al verla de cerca se sintió fascinado por ella de inmediato. Así que no solo la aceptó rápidamente en su grupo de alumnos, sino que empezó a considerarla como una especie de musa inspiradora a la que le dedicaba empeño y consagración, energía y tiempo más que a ningún otro, por lo que incluso llegó a descuidar la prometedora carrera de actor de su hijo. En resumen, Georgina se encontró entre los brazos de otro pigmalión, complementario a su personalidad, que en poco tiempo se convirtió en íntimo y en algo más.

La dulce hada estaba muy confusa. Se debatía entre atracción y rechazo. Así pues, por culpa de la maternidad denegada y un poco por pura pasión, comenzó a alejarse del marido, que respondió a su crisis con un muro de silencio glacial y de gradual ausencia de la vida en pareja. La puerta de la infidelidad se estaba abriendo de par en par frente a Georgina.

El director teatral y la musa inspiradora no pudieron contener por más tiempo su frenesí y dieron rienda suelta a una pasión que trastocó de inmediato los delicados equilibrios del hada. Las sensaciones arrolladoras y nunca antes vividas en su relación con la pareja de siempre eran para Georgina sentimientos completamente nuevos. Estaba experimentando la carnalidad más plena, y la cosa la atraía, cierto, pero la desconcertaba.

Con el tiempo, todo su entorno se dio cuenta de la profunda transformación, que el ojo más atento percibía incluso en el físico. La instancia del cambio se materializó en el

corte de los largos y dorados cabellos y en una forma de vestir radicalmente distinta, pues pasó de un estilo tierno y romántico a una moda agresiva y recargada, capaz de resaltar su nueva sensualidad. Su marido fue el primero en sentirse confundido y, cuando le pidió explicaciones, ella, por primera vez y de forma brutal, le respondió que la dejara en paz: «¡No quiero seguir más con este juego, con este papel que todos me asignasteis hace demasiado tiempo! ¡Se acabó!».

Un cambio de rumbo radical que condujo a Georgina a enfrentarse incluso con el profesor de piano que hasta aquel momento había sido el más tenaz patrocinador de su carrera. Este intentó por todos los medios «por las buenas, con ironía y por la fuerza» que recondujera sus pasos y, en cuanto supo de su nueva relación, se enfrentó a la mujer con firmeza: «Si quieres continuar, debes dejar a ese depravado», le soltó con celos mal disimulados. «No pienso hacer eso. Antes, lo dejo todo», fue su respuesta. Y así lo hizo, abandonando la escena, furiosa pero satisfecha de no haber sucumbido a ningún juego.

Ahora le tocaba al marido. En poco tiempo, la situación llegó a un punto crítico. La separación era inevitable, mientras que su relación con el otro, mucho mayor que ella, se había transformado en una pasión compulsiva. Los dos amantes no tenían ya casi nada que ver con el teatro, pues transcurría el tiempo entre un juego erótico y otro, en una escalada a la que Georgina ya no conseguía poner freno. Incluso la propuesta indecente de vestirse de manera provocativa antes de salir a cenar y, una vez en el restaurante, consumar un progresivo ceremonial erótico, primero ante todos y luego en la incertidumbre de ser descubiertos en pleno coito en los baños del local, encontró a una Georgina consintiente y actriz experta.

En resumen: el hada encantadora se había transformado radicalmente en una bruja de los sentidos bajo la guía cada vez más autoritaria y perversa de su amante.

Llegada a ese punto, Georgina, en crisis por aquello en lo que se había convertido en oposición a lo que era, se dirigió a un psicoterapeuta al que hacía algunos años había acudido su madre por un periodo de depresión del padre y con el que de inmediato había sentido un fuerte empatía, empatía que quizás había surgido al saber que la mujer del médico también era pianista.

Abrirse en aquel momento le resultó muy útil. A medida que le contaba todo el asunto a un tercero, ella misma se daba cuenta de que había salido de una situación de aprisionamiento para caer en una trampa aún peor, y así, en poco tiempo, consciente de todo, maduró la decisión de volver sobre sus pasos.

Abandonó teatro y amante, que, al sentirse perdido, ironías de la vida, atravesó un periodo de depresión y pidió ayuda al mismo reputado profesional al que se había dirigido Georgina.

Entonces ella tomó la determinación de recuperar el papel abandonado de mala manera. Fue a pedirle disculpas al profesor de piano, pero este la rechazó desdeñoso: «Olvídalo, Georgina... ya no tengo tiempo para ti. Tengo otra alumna joven que, perdona, pero vale cien veces más que tú. Además, en este punto, si fuera tú, daría mi carrera por terminada». Y luego golpeó aún más bajo: «Podrías probar con la enseñanza».

Fue un golpe durísimo, unido al hecho de que ella y su historia habían dado mucho que hablar y ahora la tierra estaba quemada. No le quedó otra que dedicarse, como le habían aconsejado con acritud, a la actividad de la enseñanza, perspectiva ciertamente no muy emocionante para una artista como ella a las puertas de un éxito internacional.

Con el marido la cosa fue mejor: la relación con él se fue relajando gradualmente, él se mostró hasta comprensivo e incluso como pareja comenzaron a tener una cierta sintonía,

aunque no llegó a alcanzar las cotas eróticas conseguidas con el amante. No obstante, Georgina vivía esta renovada condición como una especie de penitencia que debía cumplir después del grave adulterio.

Justo en ese periodo de relativa serenidad en el que había conseguido unir los pedazos de su existencia a pesar de todo, descubrió otra realidad. Poniendo orden en el armario del marido reconquistado, descubrió una carta sin duda escrita por una mujer. No pudo contenerse y la abrió. El fiel compañero de siempre, el que la había vuelto a acoger bajo el techo conyugal, tenía a su vez una relación con su exnovia. O incluso peor: esta relación nunca se había interrumpido. A su mente vino una única solución, la final. Pero el destino aún no había desplegado por completo su fuerza y su maldad.

Dejó de lado el ominoso propósito de cortar la relación de una vez por todas cuando descubrió que estaba embarazada. Aquella maternidad tan deseada y que, al ser rechazada, había desencadenado su desbarajuste interior, apareció quizás en el momento menos oportuno. O, mejor dicho, inoportuno era no saber quién era el padre de la criatura que se estaba gestando en su interior. Alejó esos pensamientos de su mente y se abandonó al amado Chopin relajándose en la bañera. Se acercó, casi involuntariamente, como le diría luego a la madre, la cuchilla de afeitar de su marido. Dos golpes secos y... Por suerte o por desgracia para ella, su madre quiso darle una sorpresa yendo a verla justo ese día, y el azar la salvó.

Después de aquel acto extremo, su mundo anterior se reconcilió con ella y hasta el arrogante y altivo profesor de piano fue a verla para pedirle perdón por su hostilidad y ofrecerle su sincera ayuda para encontrar algunas clases. Ahora, todo parecía recomponerse: la tentativa de suicidio funcionó como rito de pasaje extremo que produjo un hechizo renovado. Algunos meses después, Georgina se convirtió en la feliz madre de gemelos, a los que se dedica con todas las fuerzas y los cuidados que una madre-hada les puede garantizar.

La relación con su marido no volvió a despegar, es más, sus encuentros eróticos se han ido espaciando tanto que ahora ella tiene la plena convicción de que la está engañando, de que siempre lo ha hecho.

Su vida actual se divide entre las clases de piano a zoquetes tan insoportables como eméritos y poco diligentes y su papel, brillantemente interpretado, de madre solícita y llena de atenciones.

**Guion 2**
***La que busca al príncipe azul***

En la tradición romántica femenina, el príncipe azul, o lo que es lo mismo, el hombre atractivo, bueno, sin mancha ni pecado, aparece como el sueño de toda dama.

Este ideal sobrevive aún hoy en el imaginario femenino, aunque desde luego de forma mucho más reducida que en tiempos pasados.

El guion sentimental de la que busca al príncipe azul corresponde a la imagen de una mujer que tiene una elevada estima de sí misma, ya sea por su belleza, por su inteligencia o por sus habilidades sociales, y precisamente en virtud de ello se cree en disposición de poder apuntar alto.

Su tragedia es que, si ya en el pasado había muy pocos «príncipes azules», hoy día este tipo de hombre es, si cabe, una rareza aún mayor.

Ya he mencionado que la evolución sociocultural de las últimas décadas ha transformado al hombre fuerte tradicional en un mustio e indolente, y en el caso que nos ocupa, conviene recordar que para aspirar al título de príncipe azul este hombre debería ser capaz de hacer sentir a la compañera constantemente fascinada y protegida.

Eso requiere por su parte virtud y encanto, grandes dotes y sentido de la responsabilidad, no solo personal sino también familiar y social, características en verdad raras en los jovencitos que han crecido en el seno de sociedades y familias irresponsables como lo son las modernas, donde para él existen muchos derechos, pocos deberes y numerosas oportunidades frente a poquísimas obligaciones.

Por tanto, como muestra claramente este cuadro, la búsqueda del príncipe azul es en todo similar a la de la piedra filosofal: una empresa improbable, tanto que, después de un tiempo, la mayoría de las «buscadoras» se acomoda y renuncia, imponiéndose la máxima de contentarse con el «menos malo» disponible. Esta elección obligada se convierte en una especie de condena, autoinfligida, a una vida sin lances amorosos con tal de evitar la soledad.

No hacen falta intuiciones proféticas para prever que la primera capa azul que nuestra desilusionada buscadora vea pasar por su lado, no importa si el príncipe tiene ya princesa propia o es soltero, desencadenará una pasión inevitable e irrefrenable.

El deseo de acapararlo se vuelve tan incontenible como un *tsunami* y arrolla cualquier otra realidad.

La buscadora, llevada por esta tempestad emocional, se transforma por lo general en depredadora de príncipes, es decir, en aquella que lo hace todo para seducirlos.

Por desgracia, la mayoría de las veces no lo consigue y se siente aún más víctima de su frustración, o lo hace pero pronto se da cuenta de que el azul y el príncipe estaban solo en su imaginación, distorsionada por su necesidad insatisfecha.

La frustración, por tanto, se ve sustituida por una fría desilusión.

La variante, no menos frecuente, del guion de la que busca al príncipe azul la encarnan esas mujeres que piensan haberlo encontrado, pero que, en la mayoría de los casos, tienen una idea previa alterada con respecto a las anteriores. En efecto, a ellas la tragedia les llega mucho antes del momento de la desilusión. Ocurre cuando se dan cuenta de que el príncipe es atractivo, bueno y valiente, pero incapaz de ponerles la carne de gallina, y así, de hombre fascinante se va transformando paulatinamente en un compañero insoportable, soso y pesado.

De este modo, el primer mercenario que pase les parecerá irresistible.

En términos menos metafóricos: en general, la mujer insatisfecha por culpa de una relación basada en el respeto y en la protección, pero carente de pasión, siente una atracción incontenible hacia hombres de cualquier otra especie. En la mayoría de los casos, termina relacionándose con los clásicos sinvergüenzas, es decir, con hombres sin escrúpulos, a menudo desequilibrados, cuando no peligrosos, con los que la carne de gallina no falta, precisamente en virtud de la situación de contraste que se crea.

Y no es tan raro que la mujer mande toda su vida a hacer gárgaras para seguir y transformar al hombre indomable que ha revolucionado sus sentidos.

**La historia de Francesca**

La ves y no logras entender qué es exactamente. No te deslumbra, no, es verdad, y sin embargo tiene algo que te engancha, poco al principio, cada vez más, y terminas cautivado por una fascinación sensual. Serán esas facciones suyas, levemente orientales, que te embelesan por su exotismo, o ese color tan poco común de sus ojos, de un jade purísimo, que ilumina una mirada profunda e intensa. Francesca es así: no te produce ningún impacto inicial, pero luego hace que un calor pasional te envuelva en espirales potencialmente letales. Tiene poco más de treinta años y ya se ha realizado como mujer: seria, de confianza y firme en sus decisiones. Además, posee un rasgo que la distingue de muchas otras mujeres de éxito: la corrección. Ella nunca te pondrá la zancadilla ni te lanzará pullas, es más, si puede, te echará una mano para superar las dificultades. Ella también ha pasado por eso y sabe lo que significa tener que levantarse de nuevo después de una debacle afectiva o laboral.

Francesca es así.

La vida, que ciertamente no ha sido fácil para ella y la dejó marcada, pues le hizo sufrir desde niña en un continuo conflicto que derivó en la dramática separación de los padres, le ha concedido fuerza y éxito. Por eso, Francesca ha intentado pacificar el eterno conflicto de sus padres sublimando el sueño de un solo deseo de amor: el príncipe azul.

Tenía poco más de 14 años, aún lo recuerda; se llamaba Juan. Tenía su edad o quizás algunos meses más. Se habían conocido en la playa y en la orilla del mar le había dado aquel beso largo y tierno bañado de luz de luna. Francesca parecía haber hecho realidad su cuento de hadas, pero él era de todo menos azul.

Ya entonces soñaba con compartir su vida con él y poder vivir la historia feliz de un amor sin mancha ni obstáculo. Pero Juan no estaba por la labor. Lo dejaron de repente después del verano: no funcionaba. Y luego vino Alberto; él sí que era un príncipe azul de verdad. Estaba convencida al cien por cien. Duró bastante, poco más de un año; luego lo vio abrazado a Emma y no pudo hacer como si nada hubiese pasado. Se arrancó la cadenita de oro que le había regalado por el primer aniversario de su noviazgo y la tiró ostensiblemente a los pies del joven amante infiel.

Fue madurando poco a poco en su mente la idea de que su búsqueda podía no terminar nunca. Ella deseaba lo que no existía. Se convirtió en algo más que un deseo, se convirtió en un anhelo ansioso que se diluyó cuando, con poco más de 20 años, se licenció cum laude: el sublime autoengaño perpetrado durante años dejó paso en su ánimo a un frío desencanto.

Había hablado del tema abiertamente con su madre, a la que había quedado más vinculada por ese instintivo, aunque conflictivo, lazo que une al progenitor con su hija. «Es que el príncipe azul es una invención de los cuentos de hadas», le hizo ver su madre poco después de que se licenciara. Y lo decía tras considerar los pros y los contras, para hacerle entender a su hija que tenía que «conformarse» y así poner orden en su propia existencia. Aquella conformidad pronunciada con un sutil doble sentido había quedado impresa en la mente de Francesca cuando, en una cena de trabajo, conoció a Damián. Diez o puede que doce años mayor que ella, alto y apenas canoso, en un puesto inmejorable en la empresa en la que Francesca pronto había despuntado. Él la cortejó con sus maneras radiantes de tranquilidad y protección, consistentes en esas pequeñas atenciones que una mujer encuentra tan halagadoras.

Damián y Francesca, primero a la sordina, para no suscitar rumores en el trabajo, y luego cada vez más abiertamente, comenzaron a vivir con plenitud su historia de amor. Ella poco a poco volvió a dar alas a aquel antiguo sueño reprimido. ¡Damián era el príncipe azul! Breve encanto e inmediato desencanto. Muy pronto, su acomodada vida juntos empezó a hacer aguas porque él no era lo que parecía, pero, sobre todo, porque ella había dejado a un lado su sueño adolescente y como una pantera famélica iba buscando una pasión que la satisficiera y apaciguara de verdad. Francesca no se sentía con fuerzas para continuar fingiendo sentimientos. Con la lealtad que la caracterizaba, incluso antes de consumar una infidelidad hacia la que se sentía cada vez más abocada, le declaró a Damián su insatisfacción, y una vez más no consiguió llegar a la meta. Un «sin rencor» dicho casi al unísono ratificó el adiós entre ambos.

Francesca se puso de nuevo a buscar la piedra filosofal.

Relanzó su carrera, cambió de trabajo para evitar tener algo que ver con Damián y recorrió Italia a lo largo y a lo ancho para promover acuerdos de asociación como directora de *marketing* de una empresa de cosméticos, «la más joven de Italia», decía cada vez que se presentaba. Durante una reunión de reciclaje profesional vio por primera vez al que, sin ninguna posibilidad de equívoco, poseía todos los requisitos para ser su príncipe. De hecho, este, personaje famoso e histriónico, encarnaba la imagen y la sustancia que Francesca había buscado desde niña. En cuanto lo conoció, afloraron adjetivos en su mente y le recordó un poco al Brad Pitt de *Troya*, película en la que el actor es el indomable Aquiles.

Francesca, emprendedora, quemó etapas y pronto consiguió entrar en contacto directo con él, Héctor, una lumbrera en el campo de las estrategias de *marketing*. Agresivo en el escenario, dulce y persuasivo en la platea, los dos se estrecharon la mano durante una pausa de la reunión. Francesca quiso congratularse por su relación a toda costa y Héctor la escuchaba, cautivado por la calidez de su mirada y de su voz. En un momento decidieron que debían conocerse más a fondo y, como buen príncipe azul, fue él quien la invitó a cenar.

Pocas fueron las palabras y muchas las miradas intercambiadas en el recíproco intento de capturarse. La pasión explotó incontenible, imprevista, como una tormenta de verano. En cuanto terminaron de cenar, se retiraron al fabuloso jardín del hotel y, en la oscuridad de la noche, se buscaron con manos cada vez más ansiosas por tocar y por tocarse. Francesca, como una fiera orgullosa por la presa devorada en el ardor de pocos y profundos mordiscos, se sintió satisfecha por primera vez. En cuerpo y alma.

Cada moneda, aunque sea de oro, tiene un reverso que Francesca conoció la noche del día siguiente, durante la cena de gala organizada para concluir el encuentro. Héctor se presentó con su mujer, y con la misma desfachatez del héroe griego con el que Francesca lo había asociado. El cuchillo se le clavó en el corazón, pero se consoló en cuanto vio al hombre, duramente conquistado y poseído la noche anterior, guiñarle un ojo con complacencia casi injuriosa. Francesca pensó en seguida que la situación podría evolucionar a su favor. Así, al dolor de la herida sufrida le sucedió una sutil esperanza, una verdadera ilusión. El deseo la mantendría en pie en la lucha contra su mujer, la leona que a sus ojos usurpaba la presa.

Héctor y Francesca: la pareja hacía su vida en habitaciones de hotel de amenas localidades donde él era huésped debido a los numerosos encuentros y congresos a los que lo convocaban. Francesca había logrado encontrar un subterfugio en el trabajo para poder seguir a su hombre. Se agazapaba en la habitación donde esperaba a su antiguo héroe. Todo cuanto sucedía más allá de aquella puerta no parecía importarle. Le daba fuerzas saber que

la presa en esos días y en esos momentos iba a ser toda suya. Sus encuentros se consumaban en la cama, sin demora alguna. Ambos caían presos de un formidable rapto erótico; cada uno tenía la ilusión de poseer no solo el cuerpo del otro, sino también aquella alma ardiente que prendía en las espirales flamígeras del sexo.

Francesca tenía miedo de pretender algo más, pero quería evitar convertirse en la amante complementaria del matrimonio insatisfecho de Héctor. Por primera vez con dudas sobre cuál sería el momento más oportuno para presentar sus legítimas peticiones, en el enésimo encuentro, era invierno, puso fin a la dilación y le declaró sus intenciones y su deseo de compartir plenamente la vida con él. Cuando dijo aquellas palabras, el color de la capa de Héctor pasó del azul vislumbrado por Francesca a un negro glacial y terrible. La réplica a su petición fue fría e impasible y aquel «¿cuándo se te ha ocurrido pensar que iba a dejar a mi familia?» y aquel «mi» tan acentuado frenaron a Francesca, que se acordó de tantos príncipes azules encontrados y luego desvanecidos. Héctor le habló de ingenuidad y le contó, hiriéndola nuevamente, que tenía otras amantes con las que se las ingeniaba en un hábil juego combinatorio de encaje de bolillos. Francesca comprendió y se marchó sin dar a Héctor ninguna satisfacción. No lloró, no gritó, no suplicó y no volvió sobre sus pasos. Lo dejó plantado en la habitación y punto.

Necesitó tiempo para recapacitar una vez más sobre los añicos de una relación iniciada con el pie equivocado y nacida de su búsqueda ilusoria. Francesca reflexionó mucho sobre sus sentimientos y sobre su apasionamiento, y por primera vez en su vida empezó a ver clara la idea de que la fantasía del príncipe azul era una enorme tomadura de pelo autoinducida. Es el deseo la verdadera posesión del objeto, ya sea sentimental o material, recordó Francesca de repente pensando en Leonardo, en el instituto y en el profesor Guidotti. Como un sueño que termina al despertar, todo deseo se desvanece al hacerse realidad. El amor más bello es el que nunca se cumple.

Al hilo de estas reflexiones o, más bien, como forma de autoengaño más evolucionada y consoladora, Francesca consiguió dar otro valor a su relación con Héctor, infiel honesto y declarado y, sobre todo, capaz de proporcionarle sensaciones jamás vividas con otros. De modo que decidió volver a verlo. Se reencontró con él mientras este continuaba alegremente con su rocambolesca vida de mercenario. Llevaba el timón establemente enderezado hacia el rumbo de su matrimonio, coronado por la llegada de un hijo deseado a quien la devota mujer se dedicaba en cuerpo y alma, dejándole incluso más espacio para sus escarceos amorosos. Entre Héctor y Francesca la pasión tardó un segundo en volver a encenderse, sin ambiciones de ninguna clase y cada vez más circunscrita a una cama de hotel y poco más.

Francesca se ha rendido ante la vida. El deseo del príncipe azul sigue intacto y, cuando no se derrumba en llantos solitarios y prolongados, se cuenta siempre el mismo cuento de «Érase una vez...» y, en lo más profundo de su ser, sigue buscando a la persona adecuada, la que siempre soñó y deseó en el desencanto de la razón y en el delicioso placer del amor carnal.

**Guion 3**
***La bella durmiente***

Por ese aspecto agradable, de modos siempre cuidados, y por sus ritmos de vida siempre lentos y suaves, podríamos tomarla por la modelo de un pintor. En ella todo lleva la impronta de la calma de quien sabe esperar.

Y justo la espera es el *leitmotiv* conductual de este tipo de mujer: está en ferviente espera del caballero que pueda despertarla de su bello letargo con un cálido beso. Los ritmos modernos y la revolución del papel femenino en la sociedad contemporánea podrían hacer que esta imagen de cuento de hadas pareciera desfasada, pero puedo garantizar que en el día a día actual aún sobreviven excelentes ejemplos de esta tipología femenina.

Por norma general, la bella durmiente es de buena familia, culta pero no superintelectual, acomodada pero no acaudalada. Si apelamos al mundo clásico, nuestra bella durmiente encarna el lema *in medio stat virtus*. De buenas costumbres aunque curiosa, conserva con respecto al otro sexo todas las cualidades recién enumeradas. Cuando la vemos interactuar con el hombre, parece que se deje llevar constantemente hacia una especie de pereza racional. La espera es para ella una estrategia ganadora.

Sin embargo, nuestra bella durmiente no ha tenido en cuenta que el caballero besador ha desaparecido en la noche de los tiempos y la espera de un despertar se prolonga tanto la mayoría de las veces que se hace insoportable. Así que, en ausencia del anhelado caballero, la bella se contenta con el «buen chico» que conoció en los pupitres de la escuela, con el buen amigo de la familia o con el colega brillante pero que no triunfa. De este modo, decreta para sí misma una auténtica rendición amorosa.

La pareja que termina formándose así, con dos «chicos buenos», se adecúa por norma a todas las reglas familiares y sociales y se funda en la estabilidad tranquilizadora de una relación sin altibajos.

Todo parece equilibrado, y por lo común es así durante algunos años, pero, a la primera turbación, el equilibrio conseguido, un poco artificial, se derrumba.

De hecho, basta con que la bella durmiente encuentre, incluso por casualidad, en el trabajo, en el gimnasio o en el centro comercial, a un hombre que despierte sus sentidos aletargados antes de la interpretación de su guion tras la consiguiente relación tramada, para que la explosión de la mujer se transforme en huracán. La templanza muta en todo lo contrario, transformándose en frenesí, y el sosiego, en deseo irrefrenable. El rugido adormecido de su alma reclama entonces, y quizá con todo el derecho, lo que hasta el momento nunca se había concedido.

El perezoso, gracias a una increíble metamorfosis, se transforma en tigresa hambrienta.

Llegada a este punto, ya no se contiene: está dispuesta a todo con tal de obtener el objeto de su deseo. Adulterio y transgresiones se vuelven algo legítimo para ella.

Considera culpable de todas las sensaciones perdidas al «buen chico» con el que había compartido hasta entonces su existencia, por lo que, en lo que a ella respecta, todo acto, hasta el más inadecuado, se vuelve lícito.

Si observamos bien el guion sentimental de la bella durmiente y sus efectos, no es difícil reconocer diferentes intérpretes más o menos conscientes. Se trata, por lo general, de mujeres que rondan la cuarentena, que han despertado tarde a la pasión, y que, sin embargo, no dudan en mandar al cuerno todo cuanto han construido en el plano sentimental y relacional para perseguir, quizás a destiempo, la realización de deseos frustrados durante demasiados años.

A menudo, no obstante, aun concediéndose todo aquello a lo que habían renunciado, no logran encontrar la felicidad, sino todo lo contrario, desilusión y soledad,

mayor si cabe a aquella con la que habían convivido antes del inesperado despertar.

De hecho, el hombre perturbador pocas veces es el ansiado caballero, y esta relación, después de una primera fase sentimental explosiva, probablemente de origen erótico y más imputable a la receptividad de la mujer que a las dotes del hombre, también se revela desilusionadora.

Se crea así una cuenta de compensación: la ya no más durmiente se transforma en la depredadora de nuevas víctimas, siempre en busca del hombre perfecto que no existe.

El desenlace más frecuente de esta progresión es que nuestra bella durmiente, ahora activa, para poner fin a su vana búsqueda, retorna sobre sus pasos. Es decir, vuelve con un hombre que le proporciona seguridad y protección, y regresa a la sosegada y dulce realidad de la pareja sin emociones, teniendo ante sí la desesperante alternativa de la soledad.

Si invertimos los papeles y «hablamos del bello durmiente del bosque», la evolución del guion sentimental muestra pocas variantes. En este caso es él quien, cautivado por sensaciones jamás vividas, traiciona a la dulce y morigerada mujercita, la cual, en lugar del despertar sensacional, se encuentra con que es víctima de un alud helado.

La mayoría de las veces podemos observar cómo la bella, ahora dramáticamente despabilada, intenta enmendarse: de tranquila y decorosa intenta transformarse en sensual y agresiva con tal de no perder a la pareja, pero la caja de Pandora ya está abierta y todo el mal posible recae sobre ella.

Existe otra variante más modesta, aunque, si cabe, más devastadora para la mujer, que es cuando la bella durmiente confunde por completo al canalla capaz de perturbarla con el noble caballero del beso encantado. Ella se fía ciegamente y su devoción coincide con la imagen del cordero sacrificial: en el altar de su ilusión, la mujer será martirizada hasta el infinito por el que ella seguirá viendo, a pesar de la evidencia, sin mancha y sin miedo.

**La historia de Lucía**

«Te acuerdas, ¿verdad? El que la sigue, la consigue», le decía la madre a su marido en los últimos días de una larga vida consagrada a ver a su hija, Lucía, con su vida por fin hecha. Era más que una esperanza encarnada en una adolescente que siempre se había comportado bien en todo. Se acordaba perfectamente de que su hija no le había dado nunca el más mínimo problema, solo las normales preocupaciones de una joven que estaba despertando a la vida.

Lucía había crecido así: de aspecto agradable, aunque privado de sensualidad explosiva; educada y atenta con todos; una chica atractiva para cualquiera. Esperaba que con el tiempo su caballero sin mancha ni miedo se materializara para poder dedicarse a él por completo. Durante esta espera aletargada continuaba manteniéndose alejada de todos aquellos hombres que le parecían poco fiables. Lucía quería uno fuerte y protector, uno que ella misma definía como un noble caballero de otros tiempos.

La realización de su ideal amoroso no le corría especial prisa; tenía toda una vida por delante, pensó, por lo que daría prioridad a los estudios. Se licenció jovencísima y con un poco de suerte pronto entraría en el mundo laboral aprobando una de las últimas oposiciones convocadas para el puesto de profesor de Primaria. A los 22 años parecía que en su vida ya todo estaba responsablemente en su sitio. Solo le faltaba el apuesto caballero

que la hiciera coronar sus románticas expectativas.

Un buen día, como en los cuentos de hadas, mientras estaba con una amiga, vio pasar a un hombre alto, de cuerpo robusto pero elegante y de paso amortiguado como el de un gato. Sus miradas se encontraron, cautivadas la una por la otra, pero él fijó la vista en ella durante más tiempo, regalándole una sonrisa que la embriagó como una caricia suave y decidida al mismo tiempo. Su amiga se dio cuenta en seguida de la turbación de Lucía y la suerte quiso que de aquel hombre supiera no pocas cosas. «Mira, Lucía, escúchame bien», dijo con complicidad femenina. «Se llama Cayetano y es el hermano de María Elena, ¿te acuerdas de ella?, la compañera de trabajo de Francisco, el que conocimos hace unas noches. ¿Has visto lo moreno que está? —seguía cada vez más aguijoneada por la idea de interponerse entre Lucía y el amor—: Debe de haber vuelto a Italia hace poco. ¿Sabes? Trabaja como capitán de barco en el Caribe, qué suertudo. Quién sabe la de mujeres...», concluyó insinuadora.

No hace falta decir que el dardo había dado en la diana: el corazón de Lucía ya estaba palpitando. Para completar la obra, su amiga organizó un aperitivo en casa al que invitó a Cayetano. El atractivo marinero se dio cuenta de inmediato de la situación y de cómo Lucía esperaba con ansia el beso que iba a despertarla. Cayetano la escrutaba fugazmente y ella permanecía de pie, en un rincón de la habitación, mirándolo como en trance. La innata predisposición hacia la caza se despertó en él de inmediato y no tuvo ningún problema en aprovechar la ocasión, justo como cuando en el mar se encontraba en una acogedora bahía, probablemente con alguna mujer desatendida por el marido o una chiquilla en busca de emociones fuertes. Así, la bella durmiente fue despertada de su letargo transformándose en la más disponible de las amantes, lista para dejarse arrebatar por el que, de forma magnética, la había seducido en el amor.

Bastaron pocas semanas para que se fueran a vivir juntos al apartamento montado por Lucía durante los años en que esperó a su caballero. Cayetano, por su parte, no lo dudó un instante y se dejó llevar completamente por los cuidados de la atenta conquista.

La ahora exdurmiente pronto tuvo que poner al mal tiempo buena cara, cuando su caballero le anunció que debía partir de nuevo hacia el Caribe por un asunto que no lo ocuparía más de dos meses, como máximo tres, según le dijo para dorarle la píldora. Era el trabajo de su amado, ¿qué podía hacer Lucía? Los meses transcurrieron entre *chat, Skype* y llamadas fugaces al móvil, pero, cuando Cayetano volvió a casa, ella se dio cuenta en seguida de que algo se había roto. Cayetano tenía buena labia: la tranquilizó sosteniendo que estaba de mal humor, no por la lejanía del Caribe, como Lucía había pensado, sino por la preocupación cada vez más acuciante de no poder encontrar un trabajo estable en Italia. Para despejar esas nubes del cielo límpido de su amor, Lucía le propuso que, como ella había acumulado unos ahorros y continuaba trabajando, Cayetano podía quedarse allí durante un buen tiempo. Y así fue: solo que ella trabajaba y él holgazaneaba y salía con los amigos. Como si no fuera suficiente, se marchaba sistemáticamente cada tres meses a un viaje de trabajo para luego volver con Lucía, bahía azul acogedora y plácida, al menos por el momento.

Muy pronto los ahorros fueron menguando hasta llegar a agotarse. Frente a la necesidad, a Cayetano se le ocurrió una idea: «La solución ideal para nuestro amor», la definió. «Si consiguiera una embarcación, mejor un catamarán oceánico, podría hacer aquí lo que cada vez menos consigo hacer en el Caribe. ¿Qué piensas, Lucía?» «En lugar de hacer de capitán para otros, podría trabajar por cuenta propia y dedicarte más tiempo. ¿Qué piensas, Lucía?» Ella, movida por las mejores intenciones, le propuso una posible solución:

hacía poco había heredado de sus padres una discreta suma de dinero. Su padre le había recomendado que echara mano de ella solo y exclusivamente en momentos difíciles, y este le parecía que lo era de verdad. «Timonel de mis anhelos, podrás tener tu corcel del mar», dijo con ingenuo énfasis a su compañero. De este modo, la princesa hacía rico con su dote al caballero heroico aunque poco pudiente. Lucía, gracias a la previsión de sus padres y a un oneroso préstamo bancario a su nombre, hizo posible la inversión profesional para su amado. A la magnífica embarcación, comprada al precio de un notable sacrificio, la llamaron con pleno consenso entre los dos *Ciao, ciao, Lucía*, voz tanto de la partida como del retorno. Con el paso del tiempo, esta denominación sonaría como una última crueldad.

Al fascinante caballero de los mares le hizo falta poco: nunca volvió de su primer viaje con el flamante catamarán. No se supo más de él ni de la nave, como si el mar se los hubiese tragado. En un primer momento, Lucía se desesperó, pues parecía que su amado había sido víctima de un naufragio justo en la primera travesía. Luego se enteró de la más cruel de las realidades: Cayetano vivía tranquila y desahogadamente en una fabulosa isla del Caribe con mujer e hijos, y se ganaba la vida, y bien, llevando a turistas a visitar las maravillas de aquellos mares con su espléndido *Ciao, ciao, Lucía*. Un auténtico adiós.

Ella, después de superar un profundo estado depresivo, gracias a los cuidados de sus amigas y a un lento retorno al trabajo, volvió a sumirse en su letargo. Y ahí sigue, otra vez a la espera de su caballero, esta vez de verdad, sin mancha y sin miedo.

**Guion 4**
***La besadora de sapos***

Este guion también remite a la tradición popular de los cuentos de hadas como representación metafórica, o sea, a la imagen de la princesa que cuando besa al sapo lo transforma en príncipe, rompiendo con su acto de amor el hechizo maligno que lo había aprisionado en la apariencia del mencionado animal.

Esta imagen casa perfectamente con la tipología de las mujeres que, en su fuerte y decidida convicción de poder transformar con amor a cualquier tipo de hombre, parecen atraídas por relaciones con personas de aspecto físico desagradable, poco fiables y a veces incluso peligrosas. La máxima aspiración de estas mujeres es la de transformar a un horripilante sapo en un príncipe del que poder fiarse.

Sin embargo, todos sabemos que ciertas cosas solo ocurren en los cuentos: de hecho, nunca hemos visto a ningún sapo transformarse en príncipe, y mucho menos después de recibir el beso de una mujer. Es más, ocurre todo lo contrario: a menudo, cuantos más besos reciben, más animales se vuelven en el sentido peyorativo del término, pues esta atención amorosa refuerza en ellos la convicción de estar haciendo lo correcto con su forma de ser.

Como veremos más adelante, este guion se distingue del de la enfermera de guardia en que la inclinación por querer transformar al otro no se basa en una amorosa actitud de auxilio, sino en querer ver en la «bestia», casi a cualquier precio, lo poco de bueno que en realidad no existe. Este guion estaría cercano al anterior, al de «La que busca al príncipe azul», aunque le falta la dimensión de espera que caracteriza a esta última.

No obstante, los dos guiones se asemejan en la tendencia a obrar un maravilloso

autoengaño que justifica y alimenta la atracción por sujetos que, de otro modo, evitarían.

Por otra parte, la fascinación por el mal viene de antiguo, y la cultura popular asocia al demonio con un posible sentimiento paralelo de horror y de atracción, a veces con fatales resultados. Si no es la lucha eterna entre el Bien y el Mal, poco le falta, y el Bien es casi siempre masculino y el Mal, femenino. En nuestro caso, la asociación se invierte sin lugar a dudas.

Si, en un primer análisis, todo esto parece un poco raro y quizás alejado de la realidad actual, en una observación más atenta resulta comprensible que este guion sentimental esté indudablemente en auge en los últimos tiempos.

La explicación de dicho fenómeno reside en el hecho de que, como la mujer necesitada de emociones fuertes y de sensaciones impetuosas no las encuentra en la relación amorosa con el hombre típico, débil y casi del todo falto de sangre en las venas, acaba con tipos violentos y agresivos que personalizan la anhelada y ansiada fascinación por el hombre potente.

Está claro que sensaciones fuertes no le van a faltar, y en la mayoría de los casos, las dinámicas entre la mujer y el sapo tenderán a estructurarse de forma morbosa: una especie de síndrome de Estocolmo aplicado a la esfera de los vínculos sentimentales, en el que la víctima es en este caso la que destaca en su papel de torturadora del verdugo.

De hecho, la dinámica se basa en la obstinada tendencia de la mujer a querer cambiar a la pareja, modalidad de relación, esta, que no consigue controlar, como tampoco logra aceptar la idea de que el objeto de su deseo pueda ser en realidad un sapo inmutable.

Es importante precisar que las mujeres que se atienen a este guion son cualquier cosa menos estúpidas o dotadas de pocas luces. Al contrario, casi siempre son más inteligentes que la media y tienen una elevada autoestima. Sin embargo, es precisamente en estas dotes personales donde se cimienta su modo de administrar la relación con su pareja-sapo, que se singulariza por una obstinada tenacidad en su afán por querer transformar al otro. Una vez más nos encontramos frente a una desviación disfuncional de las características conductuales de una persona que incide radicalmente en la dinámica amorosa.

Por otra parte, como ya hemos puesto de manifiesto, la lúcida racionalidad siempre se ve trastocada por la irracionalidad de las pasiones cuando esta última, en sus contorsiones, se vuelve cómplice.

**La historia de María**

María, procedente de una familia originaria del sur de Italia, nació en una provincia del norte. Su padre había pedido el traslado. Él, intachable oficial de los carabineros, soñaba con lo mejor para sus hijos. Su madre, ama de casa por vocación y casi por genética, no había dejado un segundo de cuidar a sus retoños, «corderitos blancos con algún que otro mechón negro», como los apostrofaba con cariño. María tenía un hermano poco mayor que ella, Salvador, uno de los mejores alumnos de la Academia Militar de Módena. Nuestra protagonista se ha licenciado hace poco en Letras y es interina, pero primera en la lista de reserva de su provincia.

María, alta, sinuosa y bien proporcionada, con un perfil etrusco marcado por una

nariz aguileña que durante años había sido su cruz, era, por los principios y valores adquiridos en su familia, una especie de carabinero con falda. Solo que su aspecto físico atraía quizá más de lo debido y su relación con los hombres, desde adolescente, se había visto entorpecida a raíz del carácter sumamente posesivo del padre. Su espectacular físico, impetuoso por su sensualidad, escondía en cambio un carácter incluso demasiado dócil.

Hasta su voz, cálida y envolvente, contrastaba con los rasgos marcados de su rostro, que los largos cabellos lisos no conseguían atenuar. En resumen, una chica dulce, educada y dócil con apariencia de vampiresa rapaz. A veces, la apariencia juega malas pasadas. A María no la han cortejado tanto «chicos buenos» del pueblo, aquellos que a ella misma le habría gustado conocer, como, con mucha más frecuencia, hombres claramente mayores que ella en busca de las sensaciones fuertes que su aspecto prometía.

Por desgracia, María, tan delicada de carácter, se había visto convertida en presa fácil de sujetos poco recomendables. A su padre no había tenido valor de confesarle estas amistades; el hermano, que pronto comprendió la inquietud de su hermana, consiguió durante un tiempo mantenerla bajo control, ayudarla, pero, desde que estaba en Módena, su respaldo había menguado. Solo su madre era para María confidente y consuelo, pero no bastaba. Antonio, un hombre hosco, brutal, con un archisabido pasado de antecedentes penales, violento y agresivo, perdió la cabeza por el sensual atractivo de María.

La cortejó sin piedad hasta hacerla ceder y convertirla en esclava de sus vicios. María estaba convencida de que antes o después lograría redimirlo demostrándole todo su amor.

Su relación estaba fundada en la brutal autoridad de él y en la total sumisión de ella, que se veía obligada a secundar sus deseos, incluida la pretensión de que jamás tuviese el más mínimo contacto con otros hombres, pues era extremadamente celoso. «Cosa de otros tiempos —pensaba siempre María—: A mi padre no puedo contárselo ni en broma. Pero cambiará, cambiará».

Antonio ejercía sobre María un sentido de la posesión igual al de un pastor con sus ovejas. Un sentimiento incontrolable, porque, además, el aspecto desbordante de su mujer inducía a cualquiera que llevara pantalones a miradas cargadas de deseosa codicia, tan intensas como inevitables. Un simple saludo podía ser el origen de una pelea. Las explosiones de ira violenta y agresiva de Antonio se sucedían cada día. María era una provocadora a ojos de su compañero.

La paradoja de aquella relación estribaba en el hecho de que, a pesar de todo, ella continuaba aceptando violencia y opresiones en virtud de su amor y de la convicción de que, antes o después, conseguiría transformarlo de sapo en príncipe como en los cuentos de hadas. Una confiada expectativa mal correspondida y con el riesgo de que María, al besar a su sapo día tras día, adquiriera sus rasgos caracteriales.

Cuanto más se prodigaba ella en atenciones y cuidados, más caía en la condición de secundar las peticiones, que, en un círculo vicioso, se hacían cada vez más pesadas y absurdas. Una vez Antonio incluso pretendió que María se vistiese de manera indudablemente provocativa, con una falda cortísima, pero sin ropa interior. Además, estaba obsesionado con los zapatos de tacón, que enfatizaban el contoneo de la chica ya de por sí pronunciado. Por no hablar del maquillaje, que debía ser marcado y con un carmín encendido y purpúreo. María se transformaba por voluntad del compañero en una provocación viviente, aunque con el único objetivo de verificar sus reacciones ante las miradas lascivas de otros hombres. El efecto normal de tales directrices, que ella interpretaba al pie de la letra, era un proceso inquisitorio sucesivo y ficticio con una

sentencia ya escrita: Antonio, como un Torquemada moderno, la acusaba de ser una bruja pecadora, la ajusticiaba llamándola con los epítetos más irrepetibles y la obligaba a someterse a actos sexuales cada vez más perversos, hasta forzarla a asistir a la violenta posesión de otra mujer por su parte, para probar qué se sentía al estar con una «pájara» como ella. Y, sin embargo, María pensaba que manteniendo aquel rumbo llegaría a la meta prefijada.

En su locura paranoica, nuestro sapo la obligó a acostarse con Carmelo, el mejor amigo de ambos, quizás el único que tenían, para comprobar si efectivamente ella podía disfrutar del máximo placer solo con Antonio. María, con la solemne promesa de que aquella sería la última prueba de amor, se sometió al numerito.

Si la prueba experimental, consumada también por la complaciente predisposición del amigo, debía provocar el menor impacto en María para tranquilizar a Antonio, la cosa salió a la perfección. Sin embargo, el golpe del destino esperaba a nuestra empedernida y convencida besadora de sapos detrás de la esquina: después de aquel encuentro ocasional con Carmelo, se quedó embarazada. La sola duda de llevar en el vientre el fruto del experimento que permitió tranquilizar a su compañero obligó a María a interrumpir el embarazo sin que su familia lo supiera, pues esta nunca se lo habría permitido.

El sapo, a pesar de las expectativas de María, se mostró tal cual hasta el último momento, cuando de «futuro príncipe» se transformó en infiel compañero enamorado de la ginecóloga que había hecho el seguimiento del dramático aborto.

Antonio se casó: el horripilante sapo es ahora un apuesto príncipe en brazos de otra.

**Guion 5**
***La seductora***

No es guapa, pero intriga. Su presencia se nota e impacta a cualquiera por sus maneras siempre distintas. Tiene muchas flechas en su arco: elegancia, malicia, capacidad de fascinar y una sonrisa inolvidable.

En una clasificación ideal, este tipo de mujer es quizás el que más gusta a los hombres, probablemente porque instiga a ese pecado original que nunca se ha perdido en el alma masculina. No es necesariamente transgresora, pero su poder para hechizar hace que se disparen en el hombre los instintos más primitivos y viscerales. Como es natural, su rasgo dominante es la sensualidad unida a la gracia, prerrogativa que la vuelve irresistible.

En la Edad Media estaban mal vistas; las señalaban con el dedo y las calificaban de brujas o diablesas, y, como tales, eran condenadas a la hoguera, acusadas incluso por otras mujeres de tener al demonio dentro, capaz de hacer enloquecer a sus maridos de pecaminoso deseo.

Hoy en día, estos hechos propios de otros tiempos nos hacen sonreír; las costumbres sexuales han perdido buena parte de su exceso de rigidez y en Occidente han llegado a ser incluso demasiado laxas. A las seductoras ya no las condenan a la hoguera ni siquiera las demás mujeres; es más, estas envidian su capacidad de hechizar a representantes del sexo opuesto.

Que todo esto sea una virtud o un defecto lo dejo a decisión de otros. Sin embargo, me siento en condiciones de decir que una conducta seductora, cuando se radicaliza como

actitud y comportamiento, siempre termina por volverse contra su propio artífice.

De hecho, la seductora, en el constante ejercicio de este arte, corre el continuo peligro de caer bajo el influjo de un seductor más hábil y capaz que ella, igual que quien juega demasiado tiempo con la hoja de una cuchilla de afeitar se acaba cortando antes o después.

La seducción es, por tanto, un arma de doble filo: si no se la sabe manejar a la perfección, el peligro de cortarse siempre estará presente. Debería ser, como en muchos de los guiones que he evocado en estas páginas, un ejercicio de gestión controlada nunca llevado hasta el paroxismo.

En otros términos, a la seductora le gustan tanto sus armas que siempre tiende a jugar al alza. Por eso, incluso cuando se siente dueña de sus habilidades, corre el riesgo de sobrepasar el punto de no retorno y de convertirse en víctima de sus propias dotes, como una maga que se queda atrapada en sus hechizos.

Además, no podemos infravalorar otro aspecto, más psicológico si cabe, que se esconde tras la exigencia de fascinar sistemáticamente al otro. Detrás de esta obsesión maniaca muchas veces se esconde la incesante necesidad de confirmar su propia deseabilidad, fundamento de su identidad personal.

Por este motivo, cuanto más eficaz sea el acto de seducción, más importante y capaz la hará sentir, aunque, al mismo tiempo, este se convierta en un comportamiento indispensable.

Si aplicamos todo esto a la realidad de las dinámicas del amor, podemos observar algunas evoluciones muy frecuentes. La primera, y también la más intuitiva, es que a la pareja de una seductora se la condiciona a vivir constantemente bajo la espada de Damocles de la infidelidad, al menos en intención. Y así, al vivir con una hechicera, quien más y quien menos desarrolla un estado paranoico de celos que lo conduce a volverse posesivo, cuando no agresivo, con frecuentes explosiones de auténtica violencia.

La segunda evolución, aunque no menos importante, inducida por el guion de la seductora es que en la mujer emerge una infidelidad a todas luces congénita, precisamente porque pierde del todo el control sobre su ser, sobre su seducción, y termina por sucumbir a toda adulación más o menos velada.

Llegados a este punto, las lectoras que más han envidiado a alguna amiga particularmente dada a interpretar este guion podrán animarse por el hecho de que, también en este caso, el increíblemente bello se transforma en bestia, y porque hasta una habilidad tan refinada, si no se compensa con otras virtudes en un delicado equilibrio, puede volverse autodestructiva.

**La historia de Vanesa**

«Miradme», parece decir su cuerpo a viva voz. Vanesa no es una belleza en el sentido estricto del término; es una mujer fascinante. No obstante, cada gesto, cada palabra parecen estar hechos para estimular las más ardientes fantasías en quien la observa. ¿Las demás mujeres? Hasta ellas son incapaces de resistirse a su magnetismo. Vanesa, hija nacida del amor loco entre una madre rusa, intelectual y artista, y un padre italiano, noble meridional venido a menos, es el resultado verdaderamente exitoso de la mezcla entre las

dos culturas, no siempre tan lejanas como podemos creer a primera vista.

Alta, esbelta y elegante en cualquier ocasión, su cara encierra la luminosidad meridional y lo glacial de una mirada enigmática. Sus ojos, de un verde esmeralda, contrastan con sus labios rojos y carnosos, y sus largos cabellos oscuros y brillantes hacen de marco de un rostro anguloso visto desde una determinada perspectiva, pero que la hace aún más encantadora.

Lo que la vuelve irresistible, más allá de su extraordinaria belleza y su clase inimitable, es su habilidad para saber desempeñar el papel de seductora elegante, que no degenera en actos vulgares o en comportamientos inapropiados.

Como bien podemos prever, una mujer así puede tener a todos los hombres que quiera, pero la buena educación familiar la ha conducido a no condescender con personas que no estén a su altura. Vanesa solo ha tenido dos historias de amor adolescente antes de acabar entre los brazos de un famoso cirujano. Recordaba bien al médico jefe: lo conoció cuando operaron a su madre de un tumor en el hígado y fue justo aquel genio de la medicina quien la salvó. A ojos de todo el mundo, los dos eran la pareja perfecta, la envidia de cualquiera.

Ella se hace cargo de la magnífica casa en las colinas toscanas donde la pareja ha decidido ir a vivir, con una pequeña corte de perros, nobles lebreles, por supuesto, un simpático burro y dos maravillosos gatos persas que se mueven con elegancia por los inmensos salones de la villa.

Él, cirujano constantemente pendiente de la clínica que él mismo fundó y que dirige en plan empresarial o de gira por el mundo presentando los resultados de sus actividades y técnicas quirúrgicas en conferencias y reuniones científicas, siempre está ocupado.

Ella pasa los días en un aparente relax, cuidándose y haciendo que cada velada sea realmente especial, «toda para él, mi guerrero que en la batalla derrota hasta a la muerte».

Él, por la noche, en casa, está más al teléfono que con Vanesa: debe organizar, escuchar, discutir, preparar al detalle el *planning*, y siempre dice que sí a su mujercita, «siempre solícita y atenta, hace que no me falte de nada. Somos muy felices».

Vanesa pasa bastante tiempo en un gimnasio exclusivo, para mantenerse en forma y para charlar con alguien sobre algo que no tenga que ver con la medicina, antes de pasar por el mercado y por sus tiendas favoritas para comprar las exquisiteces para la cena, sin dejar de hacerse nunca un homenaje.

Todos sufren un encantamiento a su paso: los hombres se quedan hechizados y las mujeres se dividen entre las que le meterían fuego y las que la envidian y punto.

Él no se queda atrás: no solo es un reconocido profesional y académico, sino que la seguridad que irradia y su distinción como numerario le aportan una fama de hombre fascinante y heroico. No son pocas las mujeres, locamente encaprichadas por él, dispuestas a sustituir a Vanesa en su corazón.

No obstante, mientras él tiene una misión en la vida, ella se deleita sobre todo en el placer de agradar. Y, aunque todo hasta ahora había ido como la seda y parecía que iba a seguir así, a fuerza de guiños e intentos de depredación, uno se puede convertir a su vez en presa.

De hecho, después de años de autocomplacencia en el juego de la seducción, en el que Vanesa solo había encontrado confirmaciones de su irresistible deseabilidad, un día, por extraño que parezca, la mecánica se trastoca. Un compañero de entrenamiento, al pasar de un ejercicio a otro en el gimnasio, la roza. La levedad del contacto, y quizá la involuntariedad, le provoca un desconcierto primero apenas esbozado, pero luego, al seguir

acudiendo al gimnasio y ver de vez en cuando a aquel hombre, se vuelve cada vez más fuerte. Entre los dos comienza una pugna en la que Vanesa, por un lado, y el desconocido musculitos, por otro, intentan conquistarse recíproca y conscientemente.

Por primera vez, Vanesa advierte y sufre el profundo desasosiego de una necesidad compulsiva de llevar el juego iniciado hasta las últimas consecuencias, a la vez que teme echar a perder la encantadora vida de pareja construida hasta entonces con su marido.

Cuando se desea algo, sobre todo si está prohibido, uno siempre encuentra el modo de justificarse a sí mismo y de justificar las acciones poco lícitas que se cometen. El juego de alusiones, miradas y medias palabras que ambos se dedicaban provocativamente se transformaron en una relación intensa e infiel.

Vanesa, después de los primeros encuentros pasionales y al estar ya saciada con el resultado obtenido, siente cómo el deseo transgresor decae sin remedio; para él, en cambio, no es así: ha perdido la cabeza, quiere verla cada día y a todas horas, quisiera tenerla consigo, abrazarla, poseerla como y cuando se le antojase, es decir, siempre. Tiene sed, hambre y ganas de Vanesa.

La relación sigue adelante, aunque ella intenta limitar al máximo los encuentros, mientras él, por el contrario, insiste cada vez más, la llama continuamente al móvil y le envía mensajes subidos de tono.

Vanesa resiste pero al final cede. Ahora todos lo saben, «los novios del gimnasio» es el epíteto más amable que les dedican. Los impulsos y las propuestas que él despliega hacia Vanesa no dejan lugar a dudas. Y Vanesa se debate con pocas energías entre el placer y el recato, entre el disfrute de ser objeto de un apetito sexual sin límites y el haber ganado la pugna de la seducción, el miedo de perder la posición social alcanzada y cuanto había construido hasta el momento.

Después de algunos meses de vacilación, decide poner fin a la historia y se lo declara sin medias tintas a su amante. Ya no lo vuelve a ver, no se citan. Él deja el gimnasio; «mejor así», piensa Vanesa. Sin embargo, la noticia llega allí en seguida: intento de suicidio. Se ha lanzado con el coche a toda velocidad contra un muro, o sencillamente ha perdido el control, esto Vanesa jamás lo sabrá. Haber tenido un amante que trata de matarse por ella una vez terminada la historia de amor le produce dolor. Vanesa quiere tener noticias suyas porque se siente culpable, así que, presa de esta emoción, lo llama por teléfono.

La tentativa de contacto es lo que el amante esperaba como prueba de amor. Quiere volver a verla, ahora, ya. Como aún está convaleciente del accidente, le suplica que vaya a verlo al hospital.

Vanesa no alcanza a comprender los riesgos a los que se está exponiendo al ir a verlo. Acepta por el sentimiento de culpa que la corroe, pero el destino le tiende una trampa perfecta.

De hecho, mientras ella llega al hospital meditando cómo aclarar que este nuevo encuentro es un acto de pura compasión y que su decisión de romper con él sigue incólume, llaman al marido al mismo hospital por una urgencia. Le pasa muy de vez en cuando, no deja casi nunca su clínica, pero, ante el juramento hipocrático, no puede negarse a la prestación de auxilio.

Cuando Vanesa llega a la unidad de traumatología donde se encuentra el examante, su marido se presenta en la unidad de cirugía, situada en la misma planta.

La casualidad quiere que mientras ella entra por una parte, el otro aparezca por la otra. La reconoce de inmediato, los movimientos de Vanesa son inconfundibles. Así que, en

lugar de entrar en la unidad donde se requiere su presencia, piensa en ir primero en busca de su mujer, pues no puede imaginar ni por asomo qué hace en aquel sitio a aquellas horas.

Vanesa no sabe que lleva al marido detrás y entra en la habitación donde el accidentado la recibe abrazándola y besándola de forma que no deja lugar a dudas. Las efusiones se prolongan, mientras ella intenta zafarse tímidamente de los brazos del hombre, que no escatima en cumplidos provocativos y recuerdos picantes. El marido lo ve y lo oye todo. Decide marcharse sin que ninguno de los dos se dé cuenta. Nunca sabrá qué le dijo su mujer al amante.

Como había decidido, Vanesa declara que no quiere desdecirse de su determinación de cortar: quiere volver a ser la mujer que era. Le dice adiós con brusquedad y para siempre. Después de haber estado vagando un poco por la ciudad, vuelve por la tarde a su maravillosa residencia.

Por primera vez encuentra al marido en casa, sentado en el sofá, con un vaso de whisky casi lleno en la mano. Ella, con forzada inocencia, le pregunta qué hace allí a aquellas horas y él le responde que qué hacía ella en el hospital. Vanesa, intentando aún esconder lo evidente, responde que había ido a ver a un amigo del gimnasio que había sufrido un accidente de coche.

Llegados a ese punto, él le desvela con detalle aquello de lo que ha sido testigo. «Como comprenderás, lo nuestro termina aquí y ahora.»

El golpe inesperado hace que Vanesa se derrumbe y que las lágrimas prorrumpan sinceras. Intenta implorar la comprensión por un momento de debilidad, cierto, pero pasajero. Si ella está allí, si ella ha vuelto a su lado y sin dudar, debe de existir una razón. «Todo ha sido una mera estupidez, casi un juego.»

«Y eso mismo es lo que no puedo aceptar.»

Esta vez Vanesa, la seductora, no consigue retener al hombre, doblegarlo a sus encantos. Su marido ha decidido: coge pocas cosas y desaparece, para siempre. «Te lo dejo todo, no te preocupes, ¡pero no me tendrás más!», son las últimas palabras que Vanesa le oye decir.

Ahora vive sola en una casa más grande que su dolor y sus recuerdos. Sigue esperando un perdón, una vuelta a casa. Ha intentado varias veces llamar a su marido con la esperanza de poder hablar con él, de hacerlo cambiar de parecer. Sabe bien lo que piensa él: «No merecía lo que me has hecho. Por mucho que te ame, no puedo seguir con una persona de la que ya no puedo fiarme».

Vanesa ha intentado distraerse por todos los medios, encontrar otro hombre adecuado para ella, pero sabe que lo ha perdido para siempre, es consciente de ello. Y así va, de fracaso en fracaso. Es como si su mejor arma, la seducción, se hubiera consumido. La fascinación de seductora se ha visto inexorablemente sustituida por la fama de pájara que se divierte pasando de una cama a otra con extrema facilidad, sin pensar en los sentimientos que pisotea. Alguno incluso ha escrito en la pared de su villa un epíteto que es mejor no citar.

**Guion 6**
***La amazona***

Como la lectora recordará, las amazonas pertenecían a una antigua población del Oriente Medio asiático regida por el poder absoluto de las mujeres, las cuales ostentaban el poder en la jerarquía social y eran también las guerreras que protegían el territorio de posibles ataques de otros pueblos.

Según la tradición griega, que ha intentado aunar leyenda y realidad acerca de este pueblo, las mujeres guerreras se extirpaban el seno derecho para usar mejor el arco. Descritas como combatientes invencibles, parece que hasta el mismísimo Alejandro Magno, en plenas guerras de conquista, las temió hasta el punto de respetar su autonomía. Es más, parece que el gran rey macedonio fue invitado a tener relaciones con la reina de esta población con el fin de insuflar sangre real en la progenie de las amazonas.

También se cuenta que la reina Pentesilea, enamorada de Héctor, se alineó del lado de los troyanos contra los aqueos y que fue asesinada por Aquiles.

A partir de estas pinceladas entre mitología y verdad se puede intuir de qué tipo de guion de relación con el otro sexo estamos hablando.

La amazona contemporánea es una mujer de éxito indudable y socialmente triunfadora. Dotada de una inteligencia y de una capacidad de análisis y síntesis realmente admirables, puede ser guapa, pero también no serlo: el atractivo cuenta poco para los fines de su realización.

Sus peculiaridades fundamentales son una seguridad ostentosa; una extraordinaria energía, que desprende en todo contacto humano, y una acentuada inclinación por el mando.

El guion sentimental que deriva de todo ello se caracteriza en gran medida por el hecho de que este tipo de mujer tiende a mantener al hombre en constante sumisión y, en caso de encontrar a uno capaz de hacerle frente, no descansará hasta que no consiga someterlo a una condición de inferioridad.

Esta victoria del orgullo femenino en la competición entre los dos sexos puede transformarse con facilidad en un bumerán mortífero.

De hecho, al mantener la supremacía en la relación de pareja, la mujer-amazona se expone a sufrir efectos devastadores, pues a la aparente satisfacción de ser la líder, corresponde la constatación de la debilidad de su compañero, lo cual mina su deseabilidad.

Las amazonas conviven precisamente con esta dicotomía extraña y antagónica: como evidencia la leyenda de Alejandro Magno que recordábamos al empezar, se ven atraídas por hombres percibidos como fuertes, capaces de enfrentarse a ellas o, incluso, de hacerlas sentir inferiores, pero luego quieren dominarlos. Una pena que las dos cosas sean rotundamente incompatibles.

Resulta evidente que, como consecuencia, este esfuerzo por superar la condición contradictoria de su comportamiento en pareja produce un efecto lacerante, pues la amazona se ve condenada a pasar continuamente de un hombre a otro, o sea, de una desilusión a otra, para conseguir la ambicionada e irrealizable cuadratura del círculo: un hombre que sea a la vez dominador y dominado.

A menudo el resultado es una dinámica amorosa claramente antagónica, que suele ponerse de manifiesto en una prolongada serie de relaciones que terminan porque nuestra guerrera les pone fin de manera drástica en busca de una nueva batalla que vencer.

Solo las más afortunadas logran encontrar una pareja capaz de hacerlas sentir al mismo tiempo líderes y en algún aspecto inferiores; así la dinámica amorosa y sentimental termina por encontrar un equilibrio en la oscilación entre sentirse al mando y pedir ayuda y protección.

La casi totalidad de las amazonas repite el guion descrito durante toda su vida, y encuentra más satisfacción en la vida profesional —donde esta condición de dominadora-dominada se concreta con mayor facilidad y donde sus cualidades la llevan por lo general a un éxito notable— que en la sentimental.

**La historia de Gracia**

Lo cierto es que la vida no se había portado bien con Gracia: su padre, toxicómano, había muerto por sobredosis cuando ella apenas tenía 3 años, y su madre, también metida en problemas de droga, hacía vida entre la casa y los centros de rehabilitación. Fue la abuela materna quien la crio. Una infancia tan dura la marcó por completo, forjándole el espíritu, haciéndola voluntariosa y ágil para arreglárselas sola. Con respecto al cuerpo, sus rasgos eran duros y prepotentes, con una androginia marcada que podía causar rechazo.

Más tarde, en el duro ejercicio de la disciplina de la gimnasia rítmica, encontró el entrenamiento diario necesario para cultivar una fuerza interior poco común, lo que la llevó a sobresalir hasta quedarse a las puertas de un título nacional absoluto que se esfumó por poco. Comprendió que el secreto de su futuro residía en el éxito en los estudios, por lo que, aunque siguió comprometida con el deporte, no descuidó los libros en ningún momento.

La figura de la abuela, mujer altiva y vigorosa, fue durante años el único punto de referencia para Gracia, debido a aquel sentido de independencia que había transmitido en alguna medida a su nieta. También ella había tenido que arreglárselas sola desde niña: huérfana en el primer año del conflicto mundial, afrontó al mismo tiempo la indigencia y el dolor por la pérdida de sus padres. Y logró salir adelante tan bien que de la nada creó una empresa líder en el sector del curtido de pieles.

La madre, por el contrario, víctima de debilidades propias y ajenas, había creado en el imaginario de Gracia un potente sentimiento de repulsa hacia cualquier forma de sumisión.

Gracia no le tenía miedo a nada. Tendría poco más de 17 años cuando supo hacer frente a las provocaciones de un chulillo. En cuanto aquel desgraciado le tocó su atrayente trasero, ella, explotando su agilidad de gimnasta experta, le propinó tal patada en la cara que lo obligó a acudir urgentemente al hospital. No fue casualidad que, una vez abandonada la competitiva carrera de la gimnasia rítmica, decidiera pasar a las artes marciales, cultivando el karate *full contact*, disciplina en la que no tenía miedo alguno a competir incluso con hombres.

Durante sus amoríos adolescentes y de primera juventud era ya propensa a tener al chico de turno bajo su dominio, así que, más antes que después, todos terminaban huyendo de ella.

Fue en los años de universidad cuando Gracia encontró finalmente a un hombre distinto a todos los demás: un joven ayudante de su profesor de Filosofía, excampeón de boxeo, pero, sobre todo, un hombre fuerte y fascinante. Gracia se quedó prendada de él y por primera vez saboreó el placer de dejarse llevar hacia una dulce sumisión.

Sus encuentros eran un continuo descubrimiento de sensaciones embriagadoras, y ella tuvo la clara percepción, nunca antes experimentada, de pertenecerle en todo y para todo. De este modo, la amazona que había en ella descubrió lo bello que podía ser

abandonarse a alguien. El eros dominaba su relación y se expresaba en todos los matices posibles.

Sin embargo, la ilusión y el placer de mantener semejante relación se vieron truncados cuando supo que no era la única. «Un auténtico cabrón», lo apostrofó Gracia para sus adentros cuando descubrió, de manera totalmente fortuita, que aquel sinvergüenza vivía a la vez tres historias: con ella y con otras dos mujeres, una de las cuales residía en la misma ciudad.

En efecto, aquel hombre atractivo y arrebatador pertenecía a la raza de los llamados «auténticos cabrones», que deben evitarse a toda costa.

Gracia entendió que era muy probable que lo que hacía y decía con ella, que podía parecer algo único e irrepetible, fuera en realidad un papel que interpretaba con todas. La prueba definitiva se materializó en Gracia, otra mujer del infiel amante, igual de loca por él, que también se había sentido «la» novia. Fue precisamente la otra Gracia la que la llamó un día por teléfono. Entre la vergüenza y la incredulidad, se inició entre las dos mujeres un diálogo cada vez más genuino y sincero, y hasta tal punto rencoroso hacia aquel hombre que bastaba para fomentar en cada una de ellas un resentimiento implacable.

Como podrán imaginar, Gracia se revistió con la armadura de amazona y partió con el arco y las flechas de la rabia para atravesarlo mortalmente. Pero este, más fuerte y hábil que ella, no tardó mucho en volver a enredarla en su red, desarmándola por las buenas y por las malas. Gracia cayó de nuevo rendida a sus pies, abandonándose en cuerpo y alma a juegos de amor voluptuosos nunca antes experimentados. Durante casi doce horas no salieron del dormitorio. Un encuentro por el que Gracia se sintió aún más confundida: la rabia y el rencor se transformaron en una pasión todavía más tormentosa. Aunque en frío no podía aceptar estas condiciones, ante él se sentía demasiado frágil. Asustada, decidió no verlo nunca más y, por mucho que él la buscó, consiguió no caer víctima de fantasías siempre tentadoras.

Gracia retomó su vida, concentrándose sobre todo en los estudios, que muy pronto llevó a buen término, sin tener en ese intervalo de tiempo más que alguna relación corta de poca importancia en la que, sobre todo, era ella quien dictaba las leyes.

Una vez conseguida la licenciatura, se mudó durante un año a Estados Unidos, a Nueva York, para asistir a un exclusivo máster en *business and human resources*. Fue un año en el que también recuperó su estilo y una elegancia que se adaptaba perfectamente a su espíritu. El pelo cortísimo y de color platino, traje de chaqueta negro de Armani y collar de oro sobre el cuello redondo del jersey, también rigurosamente negro; maquillaje apenas insinuado. El cuerpo esbelto y estilizado contrastaba con el corte espartano del cabello, poniendo de relieve su andrógina sensualidad.

En Nueva York también se las arregló para entretejer un par de relaciones de amor fugaces con el mismo guion: relaciones breves y fulgurantes, con el sello de una pasión vivida y consumida en el menor tiempo posible, sin detenerse en los sentimientos. Muy pronto, de vuelta en Italia, tomó las riendas del negocio de su abuela, ya anciana aunque todavía lúcida y con fuerte presencia.

Sus destrezas y su atractivo la convirtieron en una especie de mito femenino en el mundo de los negocios. Se la quería, pero, sobre todo, se la temía como a una auténtica reina amazona, por parte tanto de hombres como de mujeres.

Después de más de quince años de la tormentosa historia, Gracia no se ha permitido ceder ante un hombre y mucho menos piensa en el matrimonio o en formar una familia. Su *mission*, como repite a menudo, es «sobresalir en un océano de tiburones», donde la más

mínima duda significa el fin.

Gracia es demasiado inteligente para creer que esta sea una vida feliz, pero también teme ser arrastrada por la pasión y perder fuerza y poder. De vez en cuando la angustia es irrefrenable y Gracia se abandona a un llanto desesperado y termina durmiéndose como una niña.

A la mañana siguiente, retoma la lucha.

**Guion 7**
***La camaleónica***

Dulce, sumisa y siempre entusiasta, delega constantemente en la pareja todas las decisiones, no solo las importantes. Se adapta a cualquier situación con extrema naturalidad y se amolda a las circunstancias con asombrosas dotes miméticas.

Para ella, seguir en todo y para todo a la pareja es la regla número 1 y, como un camaleón que cambia los colores de su piel para mimetizarse con el ambiente y no ser visto por sus predadores, esta categoría de mujer tiene la capacidad de transformarse de manera sorprendente, adaptándose siempre al estilo de vida del compañero en sus relaciones sentimentales.

Si a este, por ejemplo, le gusta el fútbol, ella consigue que le gusten incluso las aburridas e interminables retransmisiones televisivas o logra divertirse yendo al estadio con él. Si su pareja es asidua a los silenciosos campos de golf y a su lenta cadencia, ella se transforma en una impecable aficionada a la paz y al estilo un poco esnob típicos de este deporte.

Su capacidad para amoldarse emerge, como es obvio, en cualquier circunstancia, incluso cuando entran en juego convicciones personales e ideológicas. Como una especie de cubresofá elástico, la camaleónica se adapta siempre y a la perfección a las ideas y gustos del hombre al que se une sentimentalmente.

Resulta evidente que al dejar por completo a la pareja el papel de guía, ella declina cualquier responsabilidad o toma de postura, lo que puede ser muy tranquilizador para esas mujeres que no tienen una identidad marcada ni un deseo de afirmación personal.

Este guion sentimental nos trae a la mente la imagen de la relación de pareja típica de una época, no tan lejana, en que el papel de la mujer era de sumisión total. En nuestro caso, sin embargo, nunca se desencadenará reivindicación alguna por parte femenina, sino todo lo contrario, una serena y viva complacencia.

De hecho, las mujeres-camaleón se nos muestran siempre felices y entusiastas por la total sumisión en sus relaciones, para nada a disgusto, incluso delante de sus mejores amigas. Por otra parte, se benefician de estar exentas de la asunción de responsabilidades.

En otros términos: abdican, ante el altar de una gozosa serenidad y ausencia de preocupaciones, del derecho a manifestar opiniones y pretender imponer decisiones a su pareja.

Lo que más sorprende en este guion es que no nos encontramos frente a una elección deliberada y racional por la que se podría pensar que la mujer decide renunciar a su propia individualidad en nombre de la pareja. Todo lo contrario: el hecho de delegar conscientemente en la pareja toda responsabilidad y, por tanto, adecuarse a él en todo y

para todo podría parecer un esfuerzo ímprobo, y, sin embargo, ocurre de manera natural, sin sacrificios, constituyendo la principal característica de la mujer-camaleón. Otro aspecto, menos sorprendente, es que este tipo de compañera gusta muchísimo al hombre medio, ya que este se siente claramente valorado o incluso enaltecido.

Por consiguiente, esta clase de parejas se rige por una fuerte complementariedad entre la necesidad de sentirse protegida, por una de las partes, y la necesidad de sentirse fuerte, por la otra. Y, por lo general, estas son relaciones duraderas, casi siempre para toda la vida, cosa que no debe sorprender en absoluto. Una mujer semejante, por el contrario, no puede congeniar ni con hombres a los que les gustan las parejas capaces de asumir el peso de las decisiones ni con hombres cuyo equilibrio afectivo sea inestable, con los que adaptarse se convierte con frecuencia en una especie de montaña rusa de sentimientos.

No obstante, incluso en la pareja más estable, la «matrimonial», la actitud mimética de la mujer-camaleón puede resultar perjudicial, porque está constantemente modelada según el estilo de su compañero: en la relación se reducen a cero los efectos sorpresa que rompen la tediosa rutina.

**La historia de Susana**

Desde pequeña siempre he sido una persona indecisa. Ahora, sin embargo, este carácter mío me está corroyendo. No debo elegir entre un colegio u otro, entre un trabajo u otro, sino entre dos hombres.

Desde hace unos cuatro años estoy con Enrique, mi jefe, y, desde hace cinco, todos me consideran una feliz y fiel esposa.

Con todo, me uní en matrimonio por amor, convencida de que Antonio era realmente mi ansiado príncipe azul. Aunque, para ser sincera, pensaba lo mismo de todos mis novios anteriores, que se convirtieron en sapos horripilantes tras dejarme.

Después empecé a trabajar, más por satisfacción personal que por otra cosa, y para que mis estudios de Derecho dieran algún fruto. Así fue como conocí a Enrique, el notario que me abrió las puertas de su despacho. Un hombre realmente fascinante que día tras día me fue cautivando hasta conquistarme.

El desliz comenzó de manera imprevista, entre pasión y transgresión. Los dos estamos casados, pero, escudados en la coartada del horario del trabajo, hemos tenido la posibilidad de pasar mucho tiempo juntos, y no solo por cuestiones laborales. Él alquiló un apartamento en el mismo rellano donde estaba situado el despacho, que se convirtió en nuestra alcoba.

Estaba sorprendida de mí misma: conseguía transformarme por completo dependiendo de si estaba con Enrique o con mi marido Antonio. Con Enrique era exactamente como él deseaba: sensual y seductora, transgresora y completamente activa en el juego erótico en espiral al que nos hemos abandonado durante años; con mi marido, en cambio, he sido la devota y etérea sierva, sin pasarme nunca de la raya, exactamente como él pretendía que fuese.

Si lo pienso bien, no obstante, siempre ha sido así. Me he cosido, como un traje de sastre, al hombre a quien amaba en cada momento; secundaba expectativas y pretensiones de mis parejas, pero sin esfuerzo, con naturalidad. Lo recuerdo como si fuese ayer: con

Andrés, hincha encendido, me transformé en una especie de ultra futbolera; mientras que con Francesco, noble meridional, fui capaz de convertirme en una agraciada princesita de modales impecables. En resumen, una mujercita de otros tiempos. De modo que con Iván, al que le gustaba todo tipo de sensaciones, me convertí en una posesa de las emociones fuertes, y me volví capaz de actos a veces extremos y arriesgados.

En fin: mi secreto es el transformismo. Ahora, sin embargo, la situación me parece verdaderamente crítica, porque mis metamorfosis ocurren en el transcurso de pocas horas: amante transgresora a mediodía y mujer impecable por la mañana y por la noche.

«Seré esquizofrénica —pensé. Y luego—: ¿Por qué? ¿Realmente tengo que elegir entre uno y otro? Hasta mi amigo Sabino me lo ha dicho. Lo hemos hablado; con él puedo hacerlo, no hay lugar a malentendidos entre nosotros.»

Mientras lo discutíamos, empecé a imaginar un montón de escenarios posibles y, en cuanto los veía, los descartaba. Tenía que hacer lo que él me decía, era el único modo de hacer que la situación evolucionase de manera natural, incluido el riesgo de que esta se estabilizara definitivamente. Sin uno no me sentía ya en condiciones de mantener al otro, romper me mata. «Y, además, ¿no ves que la situación sigue adelante de manera equilibrada?»

Sin embargo, aún no sabía lo que me deparaba el futuro inmediato.

Una noche en que volví a casa antes que Antonio, cuando me estaba cambiando (lo recuerdo como si fuese ayer), vi aquel pintalabios. No era el mío. Entonces, ¿de quién era?

«Ahora mismo se lo digo», pensé al principio, pero luego fui más astuta, comprendí que debía esperar. Recibí a Antonio como si nada hubiese ocurrido. Empecé a seguirlo a diferentes horas del día, ¡qué papelón!

Todo inútil, había estado desperdiciando mi tiempo hasta que a la hora del almuerzo, tras haber dejado un poco colgado a Enrique, pillé a Antonio in fraganti. Era una mujer vestida de manera vistosa y vulgar, procaz y con los labios carnosos. Era ella. Me quedé desconcertada, casi confundida. De él nunca me lo habría esperado. Tenía que pasarme precisamente a mí. Vale que le he puesto los cuernos durante años, pero esta... traerla a casa. Luego descubrí que era casi una fulana a domicilio, de las que se encuentran en internet.

Ante esta realidad sentí que el mundo se derrumbaba bajo mis pies. Yo, que debía elegir entre él y Enrique, no sabía qué rumbo tomar: por una parte mi jefe, que me utiliza para sus placeres perversos sin ningún tipo de referencia a futuras perspectivas en nuestra relación; por otra mi marido, aparentemente perfecto, que se va de putas.

Mi mundo se había vuelto del revés, así que empecé a cambiar mi relación con Antonio, adecuándome a sus deseos. De mujercita «como Dios manda», comencé a hacer lo que, no obstante, sabía hacer bien. Y con Enrique me puse a ejercer de mujercita. Un desastre, no había entendido nada.

Mi marido, extrañado por la repentina transformación, sospechó de inmediato, ayudado quizá por los consejos de la experta concubina, de la presencia de un amante y, en esta tesitura, empezó a someterme a insoportables interrogatorios. Un verdadero martirio. Mi querido notario, por otro lado, después del cambio de dirección sentimental que experimenté hacia él, desvió su atención hacia la nueva secretaria, con el beneplácito de la gallina vieja, o sea, del mío.

Mi marido continuaba impertérrito con su amiguita, así que, llegados a un cierto punto, como no soportaba más la situación, le dije que sabía lo de su aventura. Y él, como única repuesta, me declaró que, si al principio se había sentido culpable, ahora, que tenía el

convencimiento de que le había sido infiel, se sentía legitimado a continuar haciendo lo que hasta entonces había hecho.

Después de pocos meses nos separamos, y en el despacho he sido condenada a observar los jueguecitos entre mi querido notario y su nuevo amor.

**Guion 8**
***La bruja***

Si el hada es guapa, capaz, buena, siempre actúa movida por las mejores intenciones, está en equilibrio entre elegancia y sobriedad, es encantadora, siempre dulce y atenta con todos, inteligente, diligente y triunfadora tanto en los estudios como en la vida profesional, la bruja es la que hace de la vulgaridad y de la agresividad la marca genuina de su estilo de vida y de su modo de relacionarse con el otro sexo.

Normalmente, la mujer-bruja se viste de tal modo que acentúa estas características, aunque se mueve con muy poca gracia. Luego, cuando abre la boca para decir algo, se ciñe a un vocabulario un poco restringido y limitado al área semántica de la procacidad.

Llegados a este punto, la pregunta surge de manera natural: ¿es posible que un tipo de mujer de semejantes características pueda atraer a los hombres?

Pues bien, al contrario de lo que pueda parecer, la evidencia de los hechos demuestra que la bruja ejerce un poder de atracción hacia el hombre igual o incluso superior al de la mujer-hada. Pero ¿por qué?

Puede que la tendencia de estas mujeres-bruja a entregarse al hombre de forma tan transgresora que no tiene parangón con las otras tipologías femeninas descritas en estas páginas desempeñe un papel decisivo. De hecho, la mujer-bruja está acostumbrada a exhibir sus vicios y una actitud lasciva como virtud y prerrogativa principal, cosa que no ocurre con ninguno de los otros perfiles femeninos aquí ilustrados: incluso en aquellos en los que el disfrute más excesivo asume un valor principal, siempre queda un fondo, aunque sea mínimo, de equilibrio entre moral y dignidad.

La transgresión es, por tanto, el rasgo dominante en el comportamiento sentimental de este tipo de mujer, peculiaridad que la hace aún más apetecible para los hombres que buscan sensaciones fuertes.

La otra unión posible para estas mujeres es con hombres inhibidos que en su morigerada relación de pareja nunca han conseguido expresar sus fantasías más oscuras.

Por estas razones, las trampas amorosas de la bruja casi nunca se circunscriben a la pareja, sino que tienden a extenderse hacia diferentes horizontes, sin imponerse siquiera los límites de una rígida relación hetero y teniendo en cuenta cada posible variante relacional entre sexos.

Sea como fuere, la mayoría de las relaciones de la mujer-bruja se mueve en el ámbito de la ocasionalidad, y casi nunca consigue manifestarse de forma duradera en una relación basada por completo en el exceso y en la superación de los límites.

En este caso, su aparente éxito se transforma en tragedia cuando la bruja, como cabía esperar, se ve rechazada por todos, colegas de género incluidas. El giro decisivo solo se producirá si consigue abandonar su estilo demasiado transgresor, quizá casándose y formando una familia.

Entonces, podrá ponerse a interpretar cualquier otro guion, adaptándose al hombre de modo complementario y constructivo. Después de esta transformación, la mujer-bruja se une sentimentalmente a un compañero moralista y se convierte en una de las mojigatas más acérrimas.

Por otra parte, esta es la vía de escape más frecuente del guion: la transformación de bruja en inquisidora, adquiriendo, gracias a este nuevo rol, una renovada virginidad.

**La historia de Paula**

Todos consideraban a Paula una chica estupenda: pequeña; bien proporcionada; pelo largo, liso y rubio, y ojos de un azul brillante. Con el paso del tiempo ha conservado las facciones infantiles, pero no sus maneras. Paula ha crecido en el seno de una familia acomodada, de férreos principios morales, y de joven su aspecto no daba pie a pensar que pudiese causar molestia a nadie. Paula, siempre impecable, y vestida con decoro, conservó hasta la primera juventud sus maneras amables y siempre adecuadas a las circunstancias, perfectamente consciente de lo que imponían su estatus social y su vida acomodada, que aceptaba de buen grado sin que le pesase en ningún momento. Inteligente y curiosa, destacaba en los estudios, superó los exámenes de acceso a la universidad en el instituto más prestigioso de su ciudad y se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras.

Paula representaba un icono para las jóvenes de bien, pero durante los primeros años de universidad cambió por completo su manera de comportarse. Debido a su vehemente inclinación por la filosofía, empezó a verse con su antigua profesora del instituto, feminista declarada. Pero, sobre todo, su entusiasmo por Nietzsche hizo que se apasionara por las teorías nihilistas. Quedó fuertemente impresionada por la vida del filósofo alemán y por la relación entre el mismo Nietzsche, Lou Salomé y Paul Rée. Durante mucho tiempo estudió este caso, del que llegó a escribir un relato que fue publicado en la revista universitaria e ilustrado con la famosa foto en la que los dos hombres tiran de una carreta conducida por Lou, con una fusta en la mano. Finalmente, se licenció con una tesis sobre el superhombre en la sociedad contemporánea.

Después de terminar la universidad y al seguir frecuentando círculos feministas, sus maneras amables dejaron paso a un semblante duro y agresivo hacia el sexo opuesto y hacia las mujeres demasiado femeninas. Sus vestidos sobrios y elegantes de niña fueron sustituidos por un modo de vestir austero y casi frígido, muy masculino, y se acostumbró a llevar en el cinturón de los pantalones, consciente del icono de Salomé, una pequeña fusta. Su pelo, durante años largo y escrupulosamente cuidado, ahora caía con dejadez, y el maquillaje desapareció de su cara.

Su transformación definitiva se confirmó cuando participó en una de las primeras manifestaciones del movimiento feminista de su ciudad. Allí estaba Paula, gritando en primera fila junto a sus compañeras: «Temblad, temblad, las brujas han vuelto ya», aunque ella pensase en un tipo de bruja completamente diferente. Ya no le gustaba unirse a otras mujeres, y quería sentirse libre, tener incluso más de un hombre a la vez, con tal de asumir el rol de dominadora.

Como consecuencia, la relación con el sexo opuesto también cambió de manera drástica: se insinuaba abiertamente y practicaba sexo con una facilidad pasmosa. Siempre

decía que Nietzsche había concebido al superhombre pensando, en realidad, en la supermujer. El hombre era tan solo un instrumento en manos de la mujer.

Sin embargo, seguía viéndose con alguna que otra vieja compañera del movimiento, a veces para tener relaciones sáficas con ellas. Pero, a pesar del esfuerzo tenaz, las dulces y tiernas manifestaciones de cariño y el conocimiento del cuerpo de su pareja, de aquellos encuentros nunca obtuvo lo que esperaba sentir para poder prescindir definitivamente de los hombres.

Paula se sentía muy insatisfecha. Tras el fracaso de su experiencia feminista y la pérdida de estímulos por el estudio de la filosofía, le quedó un profundo sentido de reivindicación, pero de qué y hacia quién aún no lo sabía. De esta manera, se lanzó a la búsqueda de lo extremo, en el vórtice de cualquier forma de transgresión del rol tradicionalmente femenino, y no se privó de ningún tipo de experiencia, incluidos droga y sexo en grupo. En realidad, siempre se sentía sola.

Muchas amigas de su entorno empezaron a ceder a las lisonjas de la sociedad: algunas se casaron, formaron una familia y abandonaron sus reivindicaciones; otras terminaron perdidas en la vorágine de los estupefacientes; otras, gracias a su compromiso con la actividad política, consiguieron cargos profesionales en instituciones y se pasaron al otro bando de la barricada. Sin embargo, ella, al llegar a los 30 años, empezó a hacer balance de su vida: «¿Qué soy?, ¿qué he hecho?», y con amargura recordó los tres embarazos interrumpidos en el transcurso de dos años, y el deseo de ser madre se apoderó de ella por completo.

Después de estas vivencias traumáticas, sin saber siquiera quiénes podían ser los posibles padres, su vida dio un giro cuando, en parte por ayudar a sus compañeras perdidas en la droga y en parte por interés personal, empezó a trabajar en comunidades terapéuticas para toxicómanos, e incluso llegó a convertirse en la responsable de una de ellas.

Al tratar de sacar a las personas del túnel y enfrentarse con todas las dificultades de esta misión, su punto de vista empezó a cambiar y comenzó a sentir que, la mayoría de las veces, transgredir las reglas sociales tradicionales no era más que otra forma de reivindicación ideológica.

Casi sin darse cuenta, los vestidos y la actitud de bruja fueron dejando paso a un aspecto y a un estilo severo y casi duro con ella misma. De igual modo, puso fin a su promiscuidad sexual cuando conoció a uno de los «profetas» de las comunidades terapéuticas, por quien perdió la cabeza. Él, un hombre sumamente carismático, la inició en una visión del mundo *new age* que Paula abrazó por completo, y de bruja agresiva y vulgar se convirtió en profetiza del bienestar, conquistado al recuperar el contacto con la naturaleza íntima de las cosas.

Todo esto la llevó a querer profundizar en dichos conocimientos y, de este modo, emprendió un viaje espiritual con un maestro de filosofía oriental y estudió psicología.

A mediados de la década de 1990, gracias a una vieja compañera feminista, encontró trabajo en una organización de guarderías y jardines de infancia de una ciudad del centro de Italia. Paula se especializó en psicología de la educación, no sabemos si por su maternidad frustrada o por pasión profesional.

Actualmente, casi con 50 años, dirige un importante centro dedicado a la infancia, y todos sus empleados la consideran una líder un poquito dominante, pero la aprecian por su afán y por su preparación.

Los actos heroicos de su epopeya de reivindicación social permanecen en su mente como fotografías borrosas, igual que la fusta de Salomé, arrinconada en su casa, aunque

aún bien presente en ella.

**Guion 9**
***La depredadora***

Usando una expresión de *marketing* industrial, podríamos decir que este guion sentimental es de última generación. De este modo se representa a la mujer que se mueve continuamente en busca del hombre adecuado con quien emparejarse y formar una familia. Esta búsqueda primaria de estabilidad distingue el perfil de la depredadora de casi todos los demás que hemos visto, y el papel activo la diferencia, por ejemplo, del mismo fin que persigue la mujer-bella durmiente o la que busca al príncipe azul.

Esta tipología femenina se caracteriza por una especie de obsesión irrefrenable por crear su propio núcleo afectivo y sentimental, lo que la induce a comportarse como un animal depredador, siempre a la caza hasta que consigue su objetivo.

Lo que puede variar es el estilo de caza, como, por otro lado, se aprecia en la naturaleza: agresivo o directo, indirecto y sutil o incluso refinado con artimañas complejas; pero el fin siempre es el mismo: apoderarse de la ansiada presa. Para conseguirlo, cualquier medio es lícito, e incluso la aparente amistad con otras mujeres forma parte de una estrategia, hasta tal punto que, generalmente, una vez creada la relación sentimental, las depredadoras activan un aislamiento para proteger a su hombre del resto de las mujeres por temor a un posible intento de seducción de la pareja que acaban de conquistar.

La mujer que ha hecho suyo este guion sentimental es una persona extremadamente indecisa, que necesita una madriguera segura donde tener a su presa a buen recaudo, lejos de toda intrusión. Así pues, nos encontramos ante mujeres celosas con su pareja, que ven en cualquier otra «ella» una posible rival peligrosa.

Como podemos suponer, esa obsesión por alcanzar la seguridad sentimental no le permite elegir adecuadamente al compañero ideal: nuestra depredadora se conforma con facilidad para poder dominar su ansioso frenesí.

Como el viajante que sube al primer tren que pasa por temor a que no llegue otro o el depredador tan hambriento que se llena la tripa con lo primero que encuentra, la depredadora no tiene fuerza de voluntad para esperar encontrar algo más sabroso que devorar.

Por tanto, en el altar de la seguridad se sacrifica la realización de una relación sentimental verdaderamente feliz y completa, y, a menudo, la pareja se transforma en familia: los hijos solo sirven para llenar los numerosos vacíos existentes en la relación.

Por lo general, esta dinámica se prolonga durante toda la vida de la relación: un gris seguro protege de cualquier amenazante explosión de color, y de vida.

**La historia de Elena**

¿Qué puede representar mejor el anonimato en un cuerpo femenino? ¿El pelo largo

con la raya en medio? Tal vez. ¿Una falda ni muy corta ni muy larga con raja? ¿El marrón como color preferido para la ropa? Tal vez. Pues bien, Elena reúne todas estas cualidades del anonimato: está proporcionada pese a ser pequeña, tiene los ojos claros y una boca bonita, pero su sonrisa y su mirada no intrigan, les falta esa luminosidad y esa malicia que hacen irresistible a una mujer.

Elena, hija única de padres hiperprotectores, creció rodeada de todo tipo de comodidades. Siempre se ha comportado con moderación, en su vida nunca ha habido un exceso: tuvo su primera relación a los 14 años, con su vecino, y fueron pareja hasta los 22, cuando él perdió la cabeza por una bailarina rusa de un club nocturno y la dejó.

Después de esta desilusión, Elena, que casi llega al altar, volvió a buscar al hombre adecuado para casarse.

Su lema es: fíate y confíate. La belleza no es importante, total, pasa con el tiempo, lo que importa es la seguridad.

Por lo demás, toda su vida se caracteriza por esta filosofía: con 25 años se licencia en Medicina y después decide especializarse en Psicología Clínica, pero, entre tanto, aprueba unas oposiciones y trabaja en un centro de asistencia para mayores.

Mientras que en los estudios y en el trabajo mantiene un equilibrio, en su vida sentimental ocurre todo lo contrario.

De hecho, cuanto más busca a un hombre, que sea «el adecuado» para ella y a quien pueda confiarse, más encuentra a los que son «buenos» en apariencia, pero que después de un tiempo la dejan por otra que normalmente es guapa, sensual e irresistible, lo contrario que ella: mona, serena y tranquilizadora.

Esta parece ser su condena.

Un día, mientras sale del centro donde asiste a clases de su especialidad, Elena se encuentra con Esteban, un hombre de su misma localidad. Ella, obviamente, lo saluda, y él le responde. Se paran un rato a hablar en la calle y luego deciden irse a un bar.

Los dos se gustan y comienzan a salir: Elena ve un rayo de esperanza. El hombre, en efecto, posee todos los requisitos para ser el adecuado: es mayor que ella, tiene una próspera empresa, buena presencia y no es peligrosamente atractivo, además de ser amable y cariñoso.

Dadas las circunstancias, de verse a enamorarse solo hay un paso; pero, en el mejor momento, cuando todo va viento en popa, ocurre algo escalofriante: Esteban le ha ocultado a Elena que tiene dos hijas de su anterior matrimonio, que no terminó bien.

El descubrimiento ocurre por casualidad. Un día, Esteban va con Elena a la ciudad donde ella asiste a clases de su especialidad. Por azar, se encuentran con el director del centro, que se detiene a saludarlos con gran afecto.

El hecho, aparentemente banal, funciona como el «efecto mariposa» de las teorías de las catástrofes o, lo que es lo mismo, cuando el aleteo de las alas de una mariposa provoca una reacción en cadena hasta llegar a originar un huracán.

En este caso concreto, el aleteo de las alas viene producido por el sorprendente y claro desconcierto de Esteban ante el director del centro. Naturalmente, a las preguntas de Elena sobre por qué lo conocía tan bien, Esteban le responde de manera evasiva y falsa.

Las dudas que asaltaban a Elena comenzaron a atormentarla tanto que decidió hablar con su profesor. Él ya la había ayudado en el pasado dándole consejos útiles para ella y para su carrera. En cambio, esta vez, para su sorpresa, cuando le preguntó por qué conocía a su pareja, este le contestó que no podía responderle ya que se lo impedía el secreto profesional.

Como la lectora podrá comprender, esta respuesta abrió en Elena una falla, que se transformó en un abismo oscuro y amenazante que debía aclarar a toda costa para evitar caer en él.

Motivada por esta indomable presión emocional, Elena insistió para conseguir información sobre él aduciendo que a ella también la vinculaba el secreto profesional, y que él, en su papel de profesor, debería haberla protegido de cualquier posible peligro.

De este modo, consiguió convencerlo y le reveló el cuadro de su compañero. El sujeto había llegado a él obligado por su abogado, debido a una denuncia por continuos malos tratos a su mujer y a sus hijas. El trastorno que sufría el paciente era una forma grave de manía persecutoria generada por una celotipia paranoica que lo inducía a controlar continuamente a su mujer y a someterla a amenazas y prohibiciones, hasta llegar a la violencia cuando ella se negaba a obedecer sus imposiciones. Su mujer, tras años de vejaciones, había decidido separarse, pero, a su demanda, el hombre se opuso violentamente, aislando a toda la familia y amenazándolas con un homicidio-suicidio, con el consiguiente terror de las hijas.

Afortunadamente, la hermana de la mujer, que sospechó porque durante horas nadie cogía el teléfono en casa de su cuñado, llamó a los carabineros, quienes consiguieron frustrar el intento y salvar a la madre y a las hijas. El suceso tuvo una gran repercusión en la prensa local e incluso Elena se acordaba. Todo el castillo de oro de su relación podía convertirse, en un momento, en una horrible prisión.

Pero después de este impresionante cambio de actitud, en su mente se abrió paso una duda: «¿Y si se hubiese curado? ¿Y si todo hubiese sido culpa de una mujer infiel a la que él amaba? Si fuera así, conmigo todo podría ser diferente».

Razonando de esta manera y haciéndose ilusiones, un cierto alivio volvió a su cabeza y, tras la tormentosa historia, una nueva luz le pareció posible al final del túnel. «Además —pensaba Elena para sus adentros—, merece la pena darle una oportunidad a un hombre tan atento y cariñoso que puede haber sufrido por culpa de otra mujer.»

Elena decidió aclararlo todo de inmediato y esa misma tarde le contó a Esteban lo acontecido, quien, entre lágrimas, le pidió que lo comprendiese y lo perdonase por no haberle dicho nada de su pasado. Le confesó que tenía mucho miedo de perderla. Todo esto le confirmó aún más a Elena su hipótesis ilusoria, y su sentimiento de protección hacia el hombre se acentuó.

Pero, por muy fascinantes que puedan ser los sueños y firme la convicción de no querer ver, tarde o temprano uno de despierta y se da de bruces con la cruda realidad.

Unas semanas más tarde de la revelación, el hombre le pide a Elena que abandone sus estudios para que trabaje en su empresa. La haría responsable del departamento de personal, que le garantizaría unas ganancias mucho más altas de lo que podría obtener en su profesión como médico. Además, de esta manera podrían pasar más tiempo juntos.

Para ella, en busca de seguridad y estabilidad, este gesto significó la prueba definitiva del amor y la devoción de Esteban; por supuesto, no tenía nada que ver con la realidad: se trataba de un paso decisivo para ejercer el control total sobre ella.

No hubo consejo capaz de disuadirla de su propósito de aceptar la oferta: ni sus padres, ni sus amigos, ni siquiera su profesor, nadie consiguió ponerla en guardia ante este paso que la haría depender de Esteban. «Dejar la carrera ahora —intentó explicarle su profesor— no solo significa echar por la borda años de sacrificio y de estudio, sino, sobre todo, estar a su merced.»

Incluso la exmujer de Esteban, a petición de los padres de Elena, la llamó por

teléfono para explicarle que, al principio, su marido se había comportado igual con ella. Pero ya era demasiado tarde, y para Elena esta llamada era una prueba más de la mala intención de la exmujer, que no quería ver a su exmarido finalmente feliz. Además, tenía la clara sensación de que había encontrado a su presa y de que esta le ofrecía la madriguera donde refugiarse y disfrutar con calma. Se casaron...

Tres años más tarde, Elena terminó en coma en el hospital: conmoción cerebral debida a un fuerte trauma craneal causado por una agresión violenta por parte de su marido durante la enésima discusión. Después de lo sucedido, Elena volvió a ver a su profesor, esta vez no como alumna, sino como paciente.

**Guion 10**
***La enfermera de guardia***

Este guion sentimental es muy conocido y continuamente citado por los entendidos, aunque en pocas ocasiones he encontrado descritos sus resultados en la dinámica amorosa.

En efecto, cuando se define a una enfermera de guardia se hace referencia a una persona profundamente altruista y dispuesta a ayudar a los demás como rasgo esencial de su existencia. En realidad, es importante recordarlo, se considera que un sujeto de estas características siempre necesita a alguien a quien cuidar, necesita continuamente a un enfermo de quien ocuparse. En general, las mujeres de este tipo se cuidan poco y no prestan atención a la moda, ya que su inclinación se dirige únicamente a inmolarse por los demás. Por ello, dedican poco tiempo al cuidado de su aspecto físico y de su feminidad, mientras que ponen todas sus energías en mejorar su competencia en urgencias y primeros auxilios.

La relación que se establece entre esta tipología conductual femenina y el hombre es la de enfermera-enfermo: por tanto, el mayor riesgo en la dinámica con la pareja es que esta, una vez recuperada de sus males interiores, se aleje de la enfermera de guardia, a pesar de sus atenciones, y que merme toda necesidad de ella, de su ayuda y de su cuidado. Lo que resulta más extraño para alguien que no conoce los fenómenos poco racionales de las dinámicas de pareja es que, cuando la misión de cuidar al enfermo alcanza su objetivo, todo debería parecer perfecto, lo que haría pensar que la dinámica amorosa podría salir felizmente reforzada. Sin embargo, se observa que la pasión va decayendo de manera gradual y que la relación comienza a hacer aguas.

Terminada la dolencia, termina su función, y nuestra enfermera de guardia pierde su rol, con todos los efectos negativos que se derivan de ello: desde el abandono de la relación por parte de él hasta la búsqueda de un nuevo enfermo por parte de ella. Sea como sea, la relación termina.

Una vez más, nos encontramos ante una paradoja aparente, es decir, al alcanzar el anhelado fin, el éxito se transforma en tragedia.

Para la enfermera de guardia puede valer la afirmación de Oscar Wilde: «No hay nada más terrible que una larga serie de días felices».

Su destino es cuidar a alguien que, con el fin de que se mantenga la dinámica amorosa, ha de mejorar pero no sanar. Es más, mejor, mucho mejor si el sujeto recae una y otra vez en su dolencia de modo que permita a la enfermera de guardia reforzar periódicamente sus arrebatos amorosos y compasivos.

**La historia de Ángela**

En su cara hundida y demacrada, enmarcada por una melena recogida en una larga trenza, aún se aprecian las secuelas de una anorexia juvenil superada a duras penas. Ángela, que nació y creció en el seno de una familia de origen humilde, y cuya hermana mayor estaba afectada por una grave minusvalía, siempre ha vivido el sacrificio como una condición congénita y, tal vez por esto, lo haya elegido como ética existencial.

Ya durante la adolescencia compaginaba sus estudios con el voluntariado. En casa no era menos y consumía todas sus energías ayudando a cuidar a su hermana. Los turnos de sus padres, ambos operarios, no siempre le permitían ocuparse de la desdichada joven. Precisamente en la Associazione dei Volontari del Soccorso conoció a su primer novio, él también amante de la ayuda y víctima de una poliomielitis cuyos efectos arrastraba en la pierna derecha.

Inmediatamente, los dos comenzaron a soñar con su futuro en común: licenciarse en Medicina y, más tarde, trasladarse a África para ejercer su profesión como misioneros. Todo parecía estar claro y bien planificado, la pareja parecía estable, pero mientras que Ángela se quedó algo atrasada en los estudios por las arduas obligaciones familiares, Francesco, su novio, se licenció y empezó a ejercer como médico. Sucedió lo impredecible.

Durante uno de los muchos días que pasaba en la asociación, Ángela conoció a un joven enfermo de leucemia al que no le quedaba mucho tiempo de vida. Se enamoró de él y rompió su relación estable. Para no perder un solo momento, dejó los estudios y se dedicó a él en cuerpo y alma. Mientras tanto, sus padres, que por fin se habían jubilado, la liberaron del compromiso cotidiano con su hermana.

Una ardiente pasión se apoderó de ambos como una flor que brota vigorosa pero que tiene una vida limitada. Por primera vez, el cuerpo de Ángela volvió a florecer. La joven cogió algunos kilos y los estigmas de exanoréxica dejaron paso a dos mejillas rellenitas y a un cuerpo algo más torneado.

Fueron tres años de amor sublime para ella y de viajes en busca de todas las sensaciones posibles que vivir antes de la inexorable pérdida. Cuando sucedió, se encontraban en el sur de Francia. Ángela condujo el cuerpo de su amado a Italia en una especie de procesión de despedida trágica y romántica.

Después de este desenlace, Ángela retomó sus estudios y el voluntariado. Se enteró de que su ex se había casado con una enfermera, que esperaba un hijo y que había abandonado su sueño de médico voluntario por una vida ordinaria más serena.

Ángela se hizo médico y encontró trabajo en el servicio público para drogadictos, donde precisamente encontró a su nuevo amor, aunque esta vez, en el horizonte, no se divisaba nada romántico. El hombre era un heroinómano empedernido que llevaba años frecuentando el servicio, con delitos de hurto e intentos de atraco. El nuevo amor de Ángela estaba bastante lejos de la figura poética de su amado desaparecido. El heroinómano, con la malicia embustera del toxicómano experto en chantajear emocionalmente a quien lo cuida, la había involucrado hasta tal punto en sus problemas que Ángela superó la frontera de su labor institucional. Quería ayudarlo, llegar a donde fuese para sacarlo de la droga.

Ángela se había tomado la molestia de pasar más tiempo con él después del horario

de trabajo para mantenerlo lejos de la calle y del contacto con otros peligrosos toxicómanos. Este gesto de voluntariado, sin embargo, había asumido un carácter muy distinto: gradualmente, el hombre se había convertido en un huésped fijo de su casa, hasta llegar incluso a hacer de ella su concubina.

La trampa que la misma Ángela se había tendido era imputable a la necesidad de dar sustancia a su anhelo misionero de enfermera en el frente. Cuanto más se prodigaba ella, más se aprovechaba él en todos los aspectos. Ángela se había dado cuenta de que, en más de una ocasión, su nuevo compañero le había robado dinero para poder procurarse droga, y que luego fingía ser víctima de su situación.

De esta manera, Ángela conoció el fondo de miserias que puede tocar un ser humano cuando se depende tanto de los estupefacientes. Si esto le causaba sufrimiento, al mismo tiempo se sentía orgullosa de su sacrificio. Pero, a la vuelta de la esquina, la vida le tenía preparada una emboscada.

En uno de los análisis rutinarios que ella misma realizaba a su paciente, amante y huésped, este dio positivo en sida. Un terrible imprevisto, aunque esperable en un heroinómano. Sin embargo, para todos, y en especial para los compañeros de trabajo y para la dirección sanitaria, la sorpresa fue que Ángela también dio positivo en el test, lo que desencadenó un dramático escándalo que las páginas de los diarios locales recogieron con todo lujo de detalles, sometiendo a la doctora seducida por el toxicómano a un auténtico azote mediático. Ángela se vio obligada a dimitir y a marcharse de la ciudad.

Por suerte, su enfermedad se mantuvo latente, sin que se manifestaran sus efectos, mientras que su «donante» murió en seguida. Ella lo cuidó como debía hasta el final.

En la actualidad, Ángela trabaja en una unidad de asistencia a seropositivos en una ciudad del centro norte de Italia, y es apreciada y estimada por su insólita abnegación profesional.

**Guion 11**
***La desbordante***

La imagen de este guion evoca inmediatamente la idea del agua que se desborda y lo inunda todo, arrastrando y llevándose consigo lo que encuentra a su paso.

Por tanto, la mujer desbordante se presenta como un río en crecida: emana energía por cada uno de sus poros.

Guapa, siempre cariñosa en sus relaciones, a todas luces sensual y consciente de que lo es, tiene una autoestima incluso demasiado alta, que alimenta constantemente gracias al éxito en su vida personal y profesional. De hecho, una persona con este perfil destaca en casi todo lo que hace, pues combina la confianza en sus posibilidades con una tenacidad única a la hora de conseguir sus objetivos. Resulta fácil entender que, a menudo, todos la estimen y la aprecien, aunque, del mismo modo, a menudo también la envidien por sus continuos éxitos. En definitiva, cuando rompe el dique, no hay quien la pare.

Pero, como en otros muchos casos, incluso lo que más brilla tiene que vérselas con una oscuridad que no consigue iluminar.

En este caso, los problemas se presentan en la relación con su compañero. Si en un primer momento los arrebatos amorosos son tan explosivos que la hacen la amante más

deseada, a lo largo de la relación, cuando la pareja requiere cierto equilibrio, su inmutable exuberancia hace las cosas cada vez más difíciles.

En este momento, para la desbordante entra en juego la imposibilidad de poner freno a su corriente y dejar espacio a su compañero para que se exprese con libertad sin que termine arrastrado o continuamente corregido.

Es entonces cuando el compañero se siente asfixiado por la impetuosa presencia de la mujer desbordante y objeto continuo de sus críticas e intimaciones. El resultado, que ella no desea, es que su compañero desarrolla una progresiva actitud de indiferencia hacia ella.

El fenómeno más interesante se manifiesta en los casos en los que el compañero declara de manera explícita su rechazo con argumentaciones razonadas. Nuestra desbordante lo acusa drásticamente por ser incapaz de comprender todos sus buenos motivos. De hecho, ella no siente el deseo de someter o asfixiar a su compañero, como ocurre con la seductora y, en mayor medida, con la amazona, sino de estimularlo. Por desgracia, su conducta desbordante produce efectos contrarios a sus intenciones.

Por lo general, la relación se rompe por las acusaciones recíprocas. De esto se deriva que el mayor problema para la desbordante sea conservar a un hombre, a menos que acepte estar junto a uno débil, inútil y sumiso, que complemente su incontenible energía y al que le guste que lo eduquen y lo corrijan continuamente. Sin embargo, en este caso, la mujer elige o tiene que enfrentarse a la constante frustración de no tener al hombre que se merecería.

**La historia de Cristina**

Cristina, una joven y brillante investigadora en la Facultad de Ciencias de la Formación de una pequeña universidad del norte de Italia, se ha ganado la consideración de locomotora humana por parte de todos los que la conocen, pues concentra tanta energía que estar cerca de ella, por estudios, trabajo o amistad, significa acabar contagiado por su fuerza.

Cristina, que posee un cuerpo atlético y escultural gracias a que desde pequeña ha competido con hombres en diferentes disciplinas, aún destaca en esquí y en tenis, deporte que practica jugando contra hombres a los que, a veces, incluso vence.

Meticulosa y de confianza, todo lo que le piden lo hace de una manera que no da lugar a críticas. Vista su fuerza y su voluntad, un profesor titular de Psicología de la Comunicación de la facultad, impresionado por su energía, la quiso inmediatamente como ayudante, por lo que la inició jovencísima en la carrera académica.

Ella adora la enseñanza y la educación; de hecho, sus clases son ricas en contenidos y las imparte con pasión.

Cristina goza de la aceptación y de la estima de todos porque es una mujer profundamente leal, como amiga y como colega, tanto que, incluso en un mundo como el académico, donde dominan la envidia y la rivalidad, todos le reconocen sus méritos y casi nadie habla mal de ella.

Y qué decir de su explosiva sensualidad, que, en los pasillos de la universidad, ha dado lugar a «leyendas» sobre sus prestaciones sexuales. Un chisme que Cristina no se toma mal, sino del que alardea con gracia.

Para todos, Cristina es una mujer brillante y joven que, aparentemente, no tiene ningún tipo de problema. Sin embargo, sigue sintiéndose insatisfecha de sus relaciones amorosas y sentimentales. Siempre ha buscado a un compañero con quien compartir todo y a quien entregarse por completo, pero, por desgracia, sus numerosas historias de amor han acabado con la huida de él hacia los brazos de una mujer más acogedora y modesta.

Cristina no consigue resignarse y, tras cada una de sus rupturas, le ha contado a la amiga de turno que en absoluto se sentía culpable de lo sucedido y que, es más, ella siempre ha sido sincera y correcta, y siempre lo ha dado todo, desde cualquier punto de vista. «Es típico de tu carácter —le dijo una vez el profesor— tener una actitud autocrítica muy acentuada con la única finalidad de justificar tu comportamiento.» No obstante, Cristina sigue convencida de que, si aún no tiene pareja, es porque todavía no ha encontrado al hombre adecuado para ella. Y, sin embargo, la mayoría de las parejas que ha tenido, y que ha machacado literalmente, eran personas que incluso valían, pero que, como resulta evidente, no eran capaces de soportar su personalidad desbordante.

La historia más conflictiva y ejemplar de Cristina ha sido la que vivió con un compañero de trabajo, algo mayor que ella, que había abandonado a una mujer con la que mantuvo una historia durante varios años.

Los dos, independientes y con iniciativa, de inmediato decidieron marcharse a vivir juntos. Muy pronto los problemas salieron a la luz: él se enfadaba frecuentemente con Cristina porque ella siempre estaba encima de él. Le decía que incluso de noche se sentía como retenido por una especie de abrazo tentacular. Cristina, en lugar de tratar de corregirse, le respondía que esto era lo bonito del amor y que él debía apreciarlo en vez de molestarse. Además de esto, él empezó a pedirle que evitara atropellarlo con su incansable conversación, y que le dejara un poco de espacio de silencio y de meditación personal. Pero, también en este caso, Cristina no se daba por enterada e, impertérrita, seguía invadiendo el espacio de su compañero. Incluso un 99% de su vida sexual eran arrebatos y asaltos por parte de ella.

Como todos sabemos, incluso lo mejor a grandes dosis acaba siendo desagradable: el néctar más delicioso, si se toma en exceso, adquiere un sabor amargo como la más amarga de las medicinas.

Después de unos meses de convivencia, el compañero hizo el último intento desesperado por salvar la relación, que ya había llegado al borde del precipicio, comunicándole a Cristina que quería tomarse un tiempo de reflexión y alejarse un poco: «Para ver qué tal y si podemos volver a intentarlo». A esta afirmación, ella respondió ofendida: «Si estás dispuesto a estar sin mí una semana, lo estarás toda la vida, de modo que te puedes marchar para siempre».

Él, asombrado, aunque tampoco tanto, lo hizo, y los dos, a pesar de verse todos los días en la universidad donde trabajaban, dejaron de hablarse.

Unos meses más tarde, como cuenta Cristina despectivamente, su ex comenzó a salir con una estudiante: «Ya sabes, una de esas rubitas, monas, modositas, agraciadas, pero, en cuanto a personalidad, cero».

**Guion 12**
***La moralista***

La moralista, vestida siempre de manera púdica, se mueve rígida y su actitud a duras penas esconde su innato deseo de volver a los tiempos de la «hoguera»: la moralista es una inquisidora moderna de las culpas y errores de los demás.

Su crítica se dirige sobre todo hacia otras mujeres, a las que somete a un constante análisis despreciativo de las actitudes y comportamientos que se consideran inmorales.

No es casualidad que el blanco preferido de sus invectivas sean mujeres seductoras, sensuales y desinhibidas, a las que ella querría ver en el potro de tortura. En definitiva, la moralista podría condenar perfectamente a la mujer seductora a la picota o quemarla viva con fuego purificador.

Por norma general, la moralista encuentra a un compañero igual de mojigato y reprimido sexualmente, y juntos forman una «armada» contra la inmoralidad.

Su moralismo no tiene por qué ser de inspiración religiosa, sino que puede proceder incluso de una ideología política.

Personalmente, tengo recuerdos muy vivos de mujeres mojigatas laicas y de izquierdas, a menudo mucho más rígidas que las asiduas a las sacristías.

El rasgo esencial que caracteriza este tipo de guion es la certeza de estar en posesión de una auténtica verdad moral mediante la cual juzgar el comportamiento de los demás y someter a cualquiera a una crítica ácida.

En el plano sentimental la pareja también se basa en el respeto de un código de reglas como este, por lo que queda poco espacio para arrumacos y arrebatos eróticos. El sexo se consuma como un almuerzo frugal y se relega a un único lugar, al tálamo nupcial, y a un tiempo, poco, establecidos de antemano.

Esta pareja, la mayoría de las veces, forma rápidamente una familia, sobre todo por la necesidad de tener hijos a los que inculcar su propia verdad moral.

Sin embargo, con frecuencia, la moralista no se casa y se mantiene inmaculada, y su especie evoluciona de manera natural a la solterona ácida e histérica. Pero el fenómeno más curioso, aunque objetivamente raro en este guion, se observa cuando, por ironías del destino, la mujer acaba perdiendo la cabeza por un hombre. En este caso, se libera rápidamente de las cadenas de su moralidad para transformarse en una mojigata endemoniada de sensaciones embriagadoras, y la inmaculada virtuosa se convierte en la pecadora más transgresora.

La historia nos enseña que, a menudo, detrás de los moralistas más recalcitrantes se esconden los peores pervertidos; como les ocurre a los mayores revolucionarios, quienes, a veces, cuando llegan al poder, se convierten en los dictadores más sanguinarios en nombre de la libertad.

**La historia de Serena**

Los padres de Serena, de tradición profundamente religiosa, se separaron en contra de sus principios cuando ella era aún una adolescente. La separación fue especialmente dramática porque su padre se había enamorado de una joven que había conocido en el grupo de oración en el que solía participar.

Después de este hecho, Serena se unió más aún a su madre y juntas emprendieron

otro camino intelectual con la intención de encontrar una fuerza y una fe nuevas que les prestara apoyo a la hora de aceptar el inaceptable suceso.

A raíz de la separación de los padres, su hermano, unos años mayor que ella, tuvo muchos problemas con la droga. Por suerte, aceptó los consejos de Serena e ingresó en un centro de rehabilitación.

Serena, ya adulta, compaginaba su trabajo como educadora en una escuela infantil con la parroquia, donde era catequista. Como esto no le bastaba, dedicaba cada momento de su tiempo libre a la oración y a realizar obras de caridad para personas desfavorecidas.

Había heredado de su madre una moral rígida y un inquebrantable sentido del deber que, después de la desgracia familiar, se hicieron aún más rígidos y, por esto, a menudo, realizaban críticas incisivas sobre el comportamiento de los demás.

Como podemos suponer, Serena nunca se había entregado a los placeres de la carne, como tampoco al desconcierto del primer beso. A los 28 años, aún no había tenido experiencias de ningún tipo con el sexo contrario.

Como una vestal antigua, solo era devota de Dios y de su moral, y despreciaba la facilidad con que sus coetáneas iban de flor en flor.

Pero, como afirman algunos, si Dios existe, te pone a prueba.

De las actividades caritativas que realizaba en la parroquia, había una que le gustaba especialmente: ayudar y asistir a familias pobres de inmigrantes. Se estaba dedicando, en particular, a un grupo de etíopes.

Uno de los miembros de esta familia era un joven de 22 años, Youssouf, que había manifestado comportamientos antisociales de carácter violento, como agresiones, robo y tráfico de droga. Cada vez que la veía, este la provocaba hablándole soezmente, mientras que Serena, movida por su inquebrantable fe en su moral y en su deber evangélico, le preguntaba con dulzura de qué servía todo eso, a lo que él, sistemáticamente, le respondía que serviría para que, tarde o temprano, terminaran acostándose juntos.

Serena tomaba estas palabras como una provocación más, que, sin embargo, la desconcertaba bastante. Un desconcierto que se acentuaba por el imponente físico de Youssouf.

Una noche, mientras Serena volvía de su cita habitual con la parroquia, se encontró con el joven, que conducía su flamante coche con los altavoces a todo volumen, y se ofreció a llevarla a casa.

En un primer momento, ella se negó, pero luego, ante su insistencia, aceptó y se montó en el coche.

Sin embargo, el joven, en lugar de acompañarla a casa, le dio una vuelta sometiéndola a su conducción temeraria y a su música estridente.

Lo raro fue que, tras un primer momento de tensión, esta situación completamente nueva empezó a provocarle una sensación inaudita. Así, el rugido del motor, las bruscas aceleraciones, las curvas a alta velocidad y el vibrante ritmo de la música empezaron a provocarle escalofríos desconocidos.

Los dos comenzaron a verse, y los escalofríos iniciales se hicieron cada vez más intensos, hasta que ocurrió lo que Youssouf había previsto.

En el transcurso de una noche, la devota vestal vivió su némesis. El descubrimiento de los placeres de la carne fue tan arrebatador para ella que se convirtió en una especie de droga de uso cotidiano.

La relación entre Serena y Youssouf se hizo pública, y este hecho inesperado explotó en la parroquia y en la comunidad como una segunda bomba aún más potente que

la que había supuesto el comportamiento del padre unos años antes.

La pecadora fue expulsada inmediatamente de la comunidad y los más benévolos la consideraron una poseída del demonio. Pero, para ella, que ahora había descubierto su universo femenino, todo esto no tenía la menor importancia.

La relación con su madre también sufrió una ruptura dramática y, como cabía esperar, se produjo un acercamiento entre su padre y ella, ahora unidos por la culpa y por la excomunión de la comunidad religiosa.

Hasta ahora, por muy repentina y sorprendente que pueda parecer la evolución personal de Serena, no había ocurrido nada realmente trágico. Pero, a quien no está acostumbrado a vivir ciertas situaciones, la naturaleza siempre le tiene preparada una trampa.

La mujer se quedó embarazada y la idea del aborto no pasó en ningún momento por la cabeza de los pecadores.

Ambos, de ser novios, pasaron a vivir bajo el mismo techo y, para facilitar que él se quedase en Italia, regularizaron la relación casándose por lo civil. Las cosas se precipitaron cuando los estilos de vida de Serena y de Youssouf chocaron. Ella pretendía que el novato marido, que seguía viviendo del cuento, asumiese responsabilidades, mientras que él, a espaldas de su compañera, había vuelto a frecuentar la mala vida con sus amigos durante juergas nocturnas.

Serena hizo de todo para devolverlo a su deber de marido y de padre, pero comenzaron las furiosas discusiones que, continuamente, culminaban en agresiones contra Serena. De esta manera, la mujer se vio en la tesitura de tener que afrontar sola, entre la rabia y la desesperación, todos los problemas del recién nacido y de la organización familiar, incluidas las estrecheces económicas, pues ella era la única que aportaba dinero. En mitad de estos problemas, sucedió algo inesperado y, sobre todo, imprevisto por ingenuidad: otro embarazo.

Así, Serena se encontró con un hijo que aún no había cumplido 1 año y con otro en camino. Ante esta circunstancia, sumida en una profunda desesperación, pidió ayuda a su madre.

Esta, en un principio inflexible, se ablandó y aceptó ayudarla, pero a cambio de que Serena volviese a casa tras dejar al marido y de que se sometiera a un proceso de penitencia religiosa.

En esa situación, Serena, con las fuerzas mermadas y muy necesitada de ayuda como para rechazarla, volvió a la casa materna con un subterfugio, y denunció a su pareja por malos tratos.

Tras unos meses de gestación, y penitencia, tuvo lugar el nuevo feliz acontecimiento.

Actualmente, Serena divide su tiempo entre el trabajo, los cuidados maternos, la labor de integración de los dos niños de color en las actividades infantiles y su dedicación espiritual, que ha resurgido con más fuerza tras su penitencia.

Ahora, Serena representa un ejemplo de la caridad de Dios, que ha sabido perdonar y volver a acoger en su casa a la pecadora arrepentida.

*La ejecutiva*

Sin duda, este guion relacional y sentimental es uno de los más recientes, hijo de los cambios del rol de la mujer en la pareja, en la familia y en la sociedad: en efecto, la presencia de la mujer-ejecutiva se observa solo a partir de las últimas décadas.

La ejecutiva, al contrario que la camaleónica, asume en primera persona todas las responsabilidades y las decisiones, a menudo también las que debería afrontar su pareja.

Generalmente, se presenta como una persona de carácter fuerte, a la que le encanta imponer su punto de vista al compañero. De hecho, a menudo se trata de una mujer de éxito a nivel profesional y social.

Esta es la compañera perfecta para un hombre totalmente desapasionado.

En las últimas décadas, se observan cada vez más relaciones sentimentales basadas en este tipo de complementariedad, donde el rol de protagonista organizativa de la pareja que asume la mujer es producto no solo de una personalidad fuerte y de su deseo de autoafirmación, sino más bien de la irresponsabilidad y de la desmotivación cada vez más común entre los hombres.

De hecho, para un hombre acostumbrado a estar hiperprotegido por su familia, lo ideal es poder contar con una compañera que no le haga asumir sus responsabilidades, sino que, es más, lo sustituya solucionando aquellos problemas que serían de su exclusiva competencia.

La ejecutiva organiza los horarios, las obligaciones, el presupuesto familiar e incluso las vacaciones. Trata a su pareja como un sujeto que guiar y proteger, por lo que se muestra muy permisiva con él, demasiado. De esta manera, su liderazgo se presenta disfuncional, no solo porque a la mujer se la sobrecarga con tareas onerosas en lugar de rendírsele honor, sino porque la mayoría de las veces termina siendo engañada.

Normalmente, esto ocurre porque, durante el desempeño de su papel, la ejecutiva suele perder su sensualidad femenina y se convierte en una especie de directora de internado.

La burla definitiva es que, en la mayoría de los casos, cuando esto ocurre, la mujer-ejecutiva suele asumir la responsabilidad y justifica una vez más a su compañero intentando capear el injustificable episodio en virtud de esta convicción.

No es extraño que en este guion sentimental se asista a una dinámica marcada por una serie de infidelidades aceptadas y gestionadas por parte de la «ejecutiva» para llegar, por fin, a la ruptura de la relación que, pese a todo, la mujer vive como una derrota incurable.

A la mujer-ejecutiva se le hace difícil digerir los fracasos y, en su intento por salvar como sea su relación, es capaz de aceptar lo inaceptable, tratando desesperadamente de evitarlos y asumir otra vez el poder y el control de la relación. De esta manera, se construye una y otra vez una trampa en la que termina quedando atrapada.

El guion de la ejecutiva no suele tener final feliz: no se trata de una comedia, sino de una tragedia.

**La historia de Irene**

Irene, que creció junto a su hermana, dos años menor que ella, es la imagen de la fiabilidad: correcta y meticulosa para todo, siempre se adapta al contexto y a las circunstancias, de conversación agradable, entre otras cosas porque sabe mantenerse informada acerca de los diferentes argumentos de la vida social. Físicamente, Irene es mona, no demasiado, pero lo suficiente para cosechar cierto éxito con el sexo opuesto.

Sin embargo, lo que más impresiona de ella es su capacidad para hacer frente a hechos y situaciones de todo tipo. Además, se ha licenciado en Económicas, y mientras estudiaba, trabajaba como secretaria para su padre, ortopeda, con lo que adquirió una gran habilidad para gestionar documentos y tratar con personas.

Justo cuando trabajaba en la consulta del padre, conoció a un joven médico brillante especializado en medicina preventiva. Inmediatamente se quedó impresionada por su aspecto extravagante y sus maneras realmente inusuales dado el ambiente del que procedía.

Los dos comenzaron a salir juntos e Irene descubrió el mundo oculto y excéntrico del joven médico: A Lucas, que así se llamaba, le gustaba con locura la música y tocaba varios instrumentos. Su sueño de niño era formar una banda y recorrer el mundo, pero su familia lo obligó a estudiar Medicina, ya que el padre era médico jefe de ortopedia.

Recién licenciado, lo contrataron en el mismo hospital que su padre, de modo que el trabajo y el bienestar económico lo disuadieron de sus sueños artísticos. Pero, cuando colgaba la bata, volvía a su adorada música, tocando y yendo a conciertos y, sobre todo, a conocidas discotecas donde se desbocaba hasta altas horas de la madrugada.

A una chica como Irene, que nunca se saltó las reglas y se mantuvo acorde a las expectativas familiares y sociales, una persona de pronto tan original le parecía irresistible. Para Lucas, hacerle perder la cabeza fue un simple juego. De esta manera, la siempre equilibrada Irene entró en la vorágine de las noches de discoteca, de las multitudes de los conciertos, de las juergas nocturnas y del sexo rebelde, dominada por sensaciones nuevas y por un estado de embriaguez colosal.

De día, Irene interpretaba al pie de la letra su papel de asesora fiscal en una de las asesorías más prestigiosas de la ciudad, para después transformarse en una especie de ángel de la noche, vestida de manera extravagante y de comportamientos exhibicionistas.

Durante un tiempo, todo le pareció maravilloso, pero para ella también era inminente la condena del destino.

El joven y excéntrico médico-artista, como es natural, no era irresistiblemente atractivo solo para ella. En efecto, lo rodeaba siempre un séquito de «amiguitas» que estaban a sus pies.

Irene no sabía que, a menudo, estas chicas se quedaban a dormir en casa de Lucas para culminar la fiesta nocturna. Mientras que Irene volvía siempre a casa, pues era la única que tenía que madrugar para ir al trabajo, las demás, eternas universitarias, podían descansar por la mañana. Quien sorprendía realmente era el joven médico, que, a menudo, habiendo dormido pocas horas, se presentaba en el hospital en perfecto estado.

Todo esto hacía a Lucas mucho más fascinante a ojos de Irene, que no tenía dudas acerca de su transparencia, pues, al ser correcta y fiable, daba por supuesto que los demás también lo eran. Nunca se le había pasado por la cabeza que detrás de todo ese centelleo podía esconderse algo oscuro.

Pero, al asumir la obligación de ocuparse de todas las necesidades cotidianas de la casa de su pareja, al final tuvo que rendirse a la evidencia.

Un día se dio cuenta de que el ordenador de su compañero se había quedado encendido; un documento en el escritorio se titulaba *Lover's collection*: no pudo resistirse a

abrirlo. Lo que vio fue una galería de las amantes de Lucas: para cada una había una serie de imágenes fotográficas que mostraban sus mejores numeritos eróticos, y entre estas se hallaban las «amiguitas» de las juergas. Hecha un mar de lágrimas, lo primero que le vino a la cabeza fue borrar del ordenador la valiosa colección fotográfica.

Cuando el joven volvió a casa, la encontró como en trance, inmóvil, seguía delante del ordenador. Cuando supo lo que había pasado, Lucas se enfureció y la atacó verbalmente, la acusó de haber violado su intimidad y de haber tenido un gesto de mojigata moralista. También le confesó que todo lo que había visto pertenecía al pasado y que, desde que estaban juntos, no había vuelto a pasar nada de lo que pensaba.

Irene, siempre movida por la confianza, incluso se sintió culpable y se disculpó por lo ocurrido, prometiendo que un hecho como ese nunca se a repetiría.

Todo volvió a ser como antes, ahora incluso Irene apreciaba aún más a Lucas porque la había perdonado, pero el destino se ensaña con quien no quiere aceptar la evidencia.

Una mañana se levantó temprano de la cama del amante y volvió a casa. Tenía que arreglarse lo mejor posible para una importante cita profesional y no quería entretenerse más. Casi de inmediato, se dio cuenta de que había olvidado su maletín con todos los documentos indispensables en casa de él. Por eso, a pesar de la hora y el cansancio, volvió a buscarlo.

Una vez en la habitación de Lucas, tras haber abierto sigilosamente la puerta con sus llaves, se encontró con una escena sobrecogedora, y esta vez real. Su maravilloso amor no había perdido el tiempo y se estaba divirtiendo con dos de las «amiguitas», con la inconfundible presencia en la mesilla de varias rayas de cocaína.

Como se espera de una persona con dignidad como ella, cogió el maletín y, sin decir nada, tiró las llaves al suelo y se marchó.

Durante meses, la impecable Irene se ha lamido en silencio las heridas, sin caer nunca en victimismos o quejarse por lo que pasó, sino enfadada consigo misma y con su ceguera absoluta. Desde hace poco, sale con otro hombre: un compañero del hospital fiel en el trabajo como en la vida, impecable, siempre respetuoso y nunca fuera de tono, atento a la dieta y obsesionado con el gimnasio, y que odia la música a todo volumen. Pasan los fines de semana juntos en el silencioso *green* de un campo de golf.

**Guion 14**
***La timonel***

Otro de los guiones femeninos más recientes y en claro aumento en las relaciones de pareja es aquel en el que ella lo ayuda a él a conseguir los objetivos que por sí solo no sería capaz de alcanzar.

En otras palabras, la mujer, resuelta y tenaz, se dedica principalmente a apoyar a su pareja para que esta afronte los desafíos de la vida. Se trata de un patrón de conducta parecido al de la cuidadora o la enfermera de guardia.

Este caso también presenta a una *mulier fortis* y a un hombre débil, fruto de la más reciente evolución de los roles familiares y sociales. Ella es la que sacrifica muchas de sus energías para ayudar a su compañero a crecer social y personalmente.

No es extraño que estas mujeres se dejen guiar por especialistas para desempeñar lo mejor posible la función a la que se han entregado: llevar de una orilla a otra a quien no sabe nadar, ni remar, ni gobernar un barco en el impetuoso río de la existencia.

Los orígenes de la incapacidad del hombre para navegar tienen distinta naturaleza: desde la fragilidad fóbica hasta la inseguridad interpersonal, desde el bloqueo psicológico ante las fantasías eróticas de ella hasta auténticas patologías psicológicas.

En cambio, el guion de esta mujer siempre es el mismo, es decir, una abnegación total en la misión que ha de llevar a cabo: conducir a su compañero a la superación de sus límites.

Este tipo de mujer asume el papel de una auténtica entrenadora, capaz de desbloquear el talento oculto de su atleta. En este caso, ella es la única que ve en su compañero esas dotes que, en la mayoría de los casos, consigue sacar a la luz.

En esta tipología de relación también se dan casos en que el componente masculino no tiene apenas talento y, por tanto, le toque a la parte femenina tratar de buscar incluso lo que no hay.

Por desgracia, la mayoría de las veces, lo que se presenta como un noble intento movido por la pasión amorosa tiene un resultado trágico para quien merecería el éxito. De hecho, el viajero de esta nave, una vez que llega a la otra orilla, muchas veces salta de la embarcación y continúa su camino con otros, dejando a nuestra timonel con el timón en la mano, agotada por el esfuerzo y consumida por el abandono.

Este es el caso del hombre que, por ejemplo, una vez que ha alcanzado el éxito profesional, descubre que es más deseable que antes. Así pues, engreído, se deja seducir por jóvenes emprendedoras, que quizá solo están interesadas en sus favores profesionales. Entonces traiciona o abandona a su timonel, que le ha permitido conseguir dichos objetivos anulándose por este propósito.

El inútil, que ahora es competente, se deja llevar fácilmente por la euforia de sentirse por fin poderoso y deseado. Por eso, las atenciones de quien le ha permitido tanto no solo ya no son útiles, sino que se convierten incluso en una carga engorrosa que le impide la libre expresión de las oportunidades conquistadas.

Así pues, el hombre vive el hecho de rechazarla, engañarla o abandonarla no como una culpa, sino como un derecho razonable e incuestionable. Dejo a las lectoras que imaginen el desastre que causa la evolución de esta fase en la mujer artífice de este destino.

**La historia de Manuela**

Alta, rubia, con una cara que recuerda la belleza antigua, de modos delicados, su estilo incluso es demasiado sobrio, con esa negativa suya a ponerse tacones altos, raras veces faldas cortas y esa fijación por no maquillarse apenas.

Además, Manuela ha crecido en el seno de una familia de empresarios en la que la misión fundamental de cada uno de sus miembros es sacar adelante el buen nombre de la empresa. No hay dudas de que en los estudios siempre ha sido buena y ha aprobado los cursos a tiempo. Se ha licenciado en Derecho y, naturalmente, no podía sino ocuparse de todos los aspectos legales del negocio familiar.

Manuela ya tiene 32 años y hace unos meses que no tiene pareja; se siente algo

enfadada y muy descontenta, ya que su trayectoria sentimental se ha vuelto a repetir. Con una sinceridad resignada, cuenta que en los últimos diez años ha vivido tres historias sentimentales que se han caracterizado por el mismo guion: las tres han naufragado porque su pareja la ha dejado por una mujer mucho más joven y hermosa que ella, lo que la hacía sentir incapaz de conservar a un hombre a su lado.

En realidad, el final siempre era el mismo y las tramas de sus historias sentimentales, como una auténtica ceremonia que se repite, presentaban casi las mismas características. Manuela salía con un hombre tan incompetente como indolente. «Quiero hablarte del último —le dijo a Laura en un momento de crisis—: Decir de Luis que es un inútil es hacerle un cumplido. Mira: fuimos compañeros de universidad, luego perdimos el contacto hasta que un día me invitó a una fiesta. Tenía la belleza propia de un hombre de 32 años, todavía estaba estudiando y yo ya hacía seis años que había terminado la carrera.»

Luis seguía viviendo cómodamente con sus padres, que lo mimaban como a un niño pequeño. Con frecuencia salía con su grupo de amigos de la adolescencia. Esto no tiene nada de malo, salvo que seguía divirtiéndose con experiencias claramente pertenecientes a una época no apropiada para su edad y su condición.

Su escasa competencia y su pasividad en los estudios y en la realización personal se traducían en Luis en forma de fracaso rotundo con las mujeres. En definitiva, podríamos definirlo como un auténtico mentecato, un simplón por naturaleza.

Dicen que «Dios los cría y ellos se juntan». El refrán se adapta al pie de la letra a este caso por la insana complementariedad que se creó entre Luis y Manuela.

Para Manuela, la pareja ideal era una persona que no esperara demasiado de ella y que no fuese dominante en absoluto: un mentecato a quien manejar a su gusto la hacía sentir aún más eficiente.

Sin embargo, como le había ocurrido antes, después de un tiempo, bien a supuesta petición del compañero, bien por propia vocación, Manuela comenzó a emplearse a fondo para ayudarlo a terminar los estudios, en los que llevaba años empantanado: por las noches, después del trabajo, se ponía a estudiar con Luis explicándole dudas. Para que se sintiese apoyado y seguro, cuando estaba de exámenes pedía un día libre en el trabajo y lo acompañaba, aunque el desmotivador resultado fuese un aprobado o poco más.

De esta manera, en algo más de dos años, Luis se licenció y lo celebraron con una noche a lo grande: con muchos invitados, como se suele hacer cuando hay que celebrar una gran victoria.

Una vez conseguido este objetivo, Manuela se planteó el problema de cómo conseguir un trabajo a un hombre que llevaba tanto atraso. Sin embargo, tenía un as guardado en la manga. Con su supereficiencia personal y profesional, y gracias a su trabajo como abogada en la empresa familiar, consiguió que a su novio lo contrataran en un banco local. «De esta manera —pensó Manuela— podría intentar que trabajara con nosotros, quizás en nuestra oficina legal.»

Los problemas que se derivan de ocuparse de un mentecato son numerosos: por lo general, este sujeto no se ve a la altura del rol que se le ha asignado y todos los días va al trabajo como si fuese al matadero. Sin embargo, una vez más, Manuela no se desanima: se esfuerza y, con santa paciencia, se convierte en su psicóloga.

De nuevo, su tenacidad da sus frutos y, al cabo de poco tiempo, el tardío recién licenciado se transforma de simplón en hábil gestor de su propio rol.

Manuela incluso pensó en marcharse a vivir con Luis: compró un piso y lo amueblaron para su inmediata vida en común. Parecía que todo marchaba hacia un final

feliz y que, por fin, podía dormirse, aunque fuese un momento, en los laureles de las victorias conseguidas.

Pero Luis, que había dejado de ser un mentecato gracias a Manuela, había ganado bastante seguridad en sí mismo y, ahora, gracias en parte a la proyección profesional conseguida, se sentía sumamente deseable para las mujeres. En esta nueva situación, como puede esperarse, el crimen era inminente.

Un día entró en el banco una clienta muy atractiva, que tenía que tratar un asunto de su patrimonio con la oficina legal.

A la clienta, guapa, elegante y rica, le resultó fácil engatusar a Luis, en quien, hasta ahora, no se había fijado ninguna mujer como ella. Este, con su mente y sus sentidos ofuscados y engreído por el éxito obtenido, a los pocos días le confesó a Manuela lo ocurrido y su irrevocable decisión de marcharse a vivir con la mujer en su estupenda villa de la colina.

«Por enésima vez —concluye Manuela su relato— he llevado a un inútil de una orilla a otra del río de la vida y lo he preparado para una mujer dispuesta a recoger el fruto de mis esfuerzos. Simplemente, estoy furiosa, pero más conmigo misma que con los demás.»

**Guion 15**
***La buque escuela***

Continuando con la misma metáfora del modelo que acabamos de describir, podemos distinguir un comportamiento femenino que se parece, en parte, al anterior: la buque-escuela.

Imagen esta, sin lugar a confusión, hace referencia al guion sentimental de esas mujeres que buscan a un hombre más joven y, la mayoría de las veces, sumamente simplón, que adiestran para convertirlos en hombres capaces, así como en la Marina la buque escuela tiene el papel de preparar lo mejor posible a los futuros marineros. La diferencia fundamental entre este guion y el anterior estriba en la partida de nacimiento de los protagonistas: en este caso, siempre hay una diferencia de edad notable.

La evolución natural de esta dinámica es la siguiente: así como el marinero se convierte en un hábil timonel y busca su embarcación para surcar los mares, el hombre simplón, en sus relaciones con las mujeres, cuando se transforma en un hábil amante, se busca a otra compañera para vivir los placeres pasionales y carnales ahora al alcance de su mano.

Está claro que la diferencia entre la nave escuela y la timonel se da en el ámbito de aplicación de la asistencia que la mujer brinda al hombre.

Pero si lo analizamos con atención, hay otras diferencias, pues en este caso la mujer es tan madura y ha navegado tanto como para presentarse ante los ojos del hombre simplón como una experta a quien confiarse para aprender los secretos del universo femenino. Además, la mayoría de las veces, ella es consciente de los riesgos de su rol y, sin embargo, lo interpreta por el enorme placer y satisfacción que le proporciona. Solo al final, el guion se le hace sufrido y trágico.

Por tanto, en este caso, no encontramos el sacrificio y la abnegación de la timonel,

sino el complacido goce de la educación, no solo sentimental, del joven que, inevitablemente, la acabará abandonando.

En el pasado, se asignaba este papel a prostitutas selectas de burdeles elegantes, en cuyo cuidado los padres dejaban a los hijos para hacerlos «hombres».

Hoy en día, desempeñan este papel señoras maduras que, la mayoría de las veces, desilusionadas por sus relaciones con los hombres, deciden entregarse a ese placer particular y romántico que emana de la vivencia del amor con un joven que se inicia en sus primeras experiencias, circunstancia que las hace retroceder a la ilusoria frescura y al candor de los primeros amores adolescentes.

**La historia de Carla**

Con 44 años, Carla salía de un matrimonio fracasado que le había costado mucho a nivel emocional y económico.

Carla es la más pequeña de una familia muy rica. Cuando decidió divorciarse, para evitar más sufrimientos y acortar el proceso, acordó una alta suma para el cónyuge.

Se había visto obligada a tomar esta decisión porque su marido, mediante un detective privado, había conseguido unas fotos de ella en actitud cariñosa con otro hombre. De modo que, para evitar escándalos, cedió al chantaje, a pesar de que aquella relación extramatrimonial y ocasional había sido la única reacción a las continuas infidelidades de su marido, de origen humilde y, por ello, hostigado por su familia, que, después del opulento matrimonio, se lo estaba pasando de fábula. Carla, enamorada del sinvergüenza, había intentado sin éxito salvar su relación.

Del matrimonio había nacido un hijo, que tenía 7 años cuando se produjo la separación. Durante varios años, Carla ejerció sola de madre atenta y cuidadosa, sin ninguna relación sentimental.

Un día, en la clase de natación de su hijo, conoció al nuevo monitor: un físico escultural y una sonrisa cautivadora acompañada de una mirada penetrante. Carla se quedó deslumbrada. Presa de un inesperado despertar de los sentidos, como una adolescente en el primer arrebato de pasión, consiguió resistirse a besarlo a duras penas. Estaba demorando la satisfacción de ese formidable impulso erótico, ya que en ella se había encendido un deseo incontenible tras años de letargo, y solo las circunstancias y las apariencias la frenaron durante un tiempo.

Había un problema: el joven apenas tenía 19 años, mientras que ella iba a cumplir 44 a la semana siguiente. Sin embargo, como sabemos, el sentido del deber y de culpa ceden gustosos el paso al placer.

En efecto, Carla, después de algunas dilaciones, llegó a encontrar una justificación legítima para merecerse, tras tanto sufrimiento y abstinencia, algo bueno aunque prohibido a primera vista.

Con esta idea, cuando llegó el verano, invitó al joven Adonis a dar clases particulares de natación a precio de oro en su chalé con piscina, «obviamente, para mi hijo».

Pronto, la madre también empezó a dar lecciones, pero en el salón o en su dormitorio, y cuando el hijo se ausentaba unas horas, también en la piscina, pero con los

papeles cambiados: el alumno era el apuesto joven inexperto en juegos eróticos y Carla era la monitora.

Fue un bonito verano para ambos, pero con el otoño la flor de su amor también se secó. El joven, iniciado en los muchos pequeños misterios de Eros, comenzó a salir con otra monitora de natación y se fue alejando de ella educadamente.

En un principio, Carla lo pasó mal, pero el guion que había interpretado le gustó tanto que decidió escribir otros: el aprendiz de peluquería, primero el gogó y luego el joven relaciones públicas de la discoteca que ella inauguró en primavera con la intención oculta de tener un coto de caza.

Pese a la reprobación, incluso manifiesta, de su familia, Carla modificó su aspecto y lo adaptó al de las chicas que veía en la discoteca y comenzó a vestirse con ropa ceñida para resaltar sus formas procaces, endurecidas y potenciadas con intervenciones quirúrgicas en labios, pechos y glúteos. Por desgracia, para seguir el ritmo de los jóvenes, hay que adquirir ciertos hábitos y vicios: trasnochar, abusar del alcohol y, a veces, consumir estupefacientes.

De este modo, con 44 años, Carla terminó ingresada de urgencia por culpa de un cóctel explosivo de drogas y alcohol.

Su hijo, que desde hacía tiempo se había alejado por vergüenza ajena y decepcionado por los nuevos hábitos de su madre, siguiendo los consejos de médicos y psicoterapeutas, se responsabilizó de su desintoxicación.

Carla decidió cambiar de vida gracias a su hijo y al hecho de haber recuperado su relación. Sin embargo, no deja de afirmar que no se arrepiente de nada y que, en todo caso, tiene algún remordimiento por su hijo. No se lamenta de las numerosas experiencias vividas a raíz de su matrimonio fracasado: ha disfrutado de pasiones juveniles que la han revitalizado «y gracias a la inexperiencia de mis parejas, a los que siempre tenía que iniciar, ha sido como revivir el candor y la embriaguez del primer amor».

**Guion 16**
***La que lame las heridas***

En las sociedades animales salvajes, como las de los leones o las de los lobos, cuando uno de los miembros resulta herido, su pareja le lame la herida, limpiándola y desinfectándola con saliva para que cicatrice.

Esta imagen se me antoja la mejor analogía para un guion sentimental femenino tan actual como antiguo.

Se trata de un guion que hace referencia a esas situaciones recurrentes en las que la mujer se une a un hombre destrozado y herido por una relación recién terminada que, por lo general, ha tenido un final dramático. De este modo, la mujer se ve en la tesitura de tener que curarlo con su amor y sus cuidados.

Tres son los posibles resultados de este guion: si la que lame las heridas consigue reanimar al hombre, que se ha quedado hecho polvo, este, una vez que se recupere, dejará de necesitarla y emprenderá su camino; sin embargo, si no consigue curar las heridas de su pareja, seguirá teniendo al lado a un desamparado, necesitado de cuidados constantes, por lo que no será capaz de proporcionarle nada que la satisfaga en el plano emocional. El

tercer resultado, y quizás el más doloroso, se produce cuando el herido, una vez curado y rehabilitado, regresa con su pareja anterior, que se lo ha pensado y quiere volver con él, probablemente para destrozarlo una vez más.

En definitiva, como en el caso de la timonel y de la buque escuela, en la mayoría de los casos será otra mujer la que disfrute del trabajo realizado para hacer del hombre alguien competente y deseable. No obstante, en este caso, la dinámica de la ayuda, del cuidado y de la rehabilitación se centra en las heridas de amor del hombre y no en el crecimiento personal o en su capacidad como amante.

Son tiempos realmente duros para las mujeres de este tipo, tan consagradas al prójimo: se necesita mucha perspicacia y pericia para no terminar en este guion, ya que el mundo está lleno de hombres heridos, necesitados de cuidados amorosos.

**La historia de Clara**

Clara conoció al amor de su vida gracias a Margarita, su mejor amiga. El primer encuentro con él tuvo lugar en un viaje en tren e, inmediatamente, Clara quedó hechizada.

Marco era un joven licenciado en Psicología que realizaba el servicio militar y todos los días iba en el mismo tren que cogía Margarita para ir a la universidad.

Clara y Marco se gustaron desde el primer momento e iniciaron una relación muy íntima que no acabó desembocando en amor verdadero, al menos al principio, aunque ella lo deseara realmente.

En efecto, el joven acababa de salir destrozado de una relación, que terminó fatal porque ella le fue infiel. Por eso, tenía claro que, a pesar de que se sintiese muy atraído por Clara, no le apetecía tener una relación más profunda tan pronto.

Pasaron unos meses sin verse hasta que volvieron a encontrarse en la fiesta de cumpleaños de Margarita. De inmediato, a Clara le volvió el ansia de quererlo para ella y, pese a que sabía que Marco también era objeto de deseo de su amiga Margarita, no pudo resistirse.

El joven psicólogo, guapo y misterioso, romántico y sufridor, intelectual y brillante orador, era muy diferente de la masa de mediocres asistentes a la fiesta.

Él se dio cuenta de que había impactado a Clara, mucho más fascinante que su amiga, así que no espero más: durante un baile, los dos estrecharon sus cuerpos con fuerza y comenzaron a besarse sin pudor y sin reparo alguno en medio de los demás invitados.

Margarita se percató al momento y rompió a llorar como una magdalena y, furiosa, sufrió un ataque de histeria montando una escena contra su amiga desleal y su hombre ingrato.

Los dos traidores fueron apartados con malas maneras de la fiesta que habían aguado.

Al verse solos en esa situación, sintieron un impulso pasional aún más fuerte. Decidieron ir a casa de Marco y pasaron la noche juntos entre arrebatadores amplexos eróticos y suspiros, hasta el desfallecimiento al amanecer.

Cuando Clara despertó, se encontró una sorpresa inesperada: abrió los ojos y buscó dulcemente a su amante de esa noche. No estaba en la cama, pero tampoco en casa. Entonces, se levantó, se vistió y lo esperó, pero su hombre no volvió.

Cuando decidió marcharse, vio entrar en el piso a una señora mayor que le llevaba café y galletas caseras. Se trataba de la madre del joven, que se dirigió a Clara con atenciones y con una amabilidad propias del pasado, ofreciéndole el desayuno y disculpando a su hijo, que había salido a correr con su perro y le había pedido que atendiera a su invitada. La estupefacción de Clara fue máxima cuando la señora le refirió con dulzura que, en ese momento, Marco estaba pasando por un infierno a causa del comportamiento de su ex, de quien, en el fondo, parecía seguir enamorado.

Clara, como si una flecha envenenada la hubiese atravesado, instintivamente, quiso dejar todo de golpe y marcharse, pero convencida por el persuasivo amor materno de la señora, sintió compasión por el «pobre hijo traicionado por la malvada bruja, que todavía era víctima de su maldición».

Ella sintió el impulso de liberarlo de esas cadenas, teniendo en cuenta que el joven atormentado la había hecho perder la cabeza. Nunca se había entregado tan rápida y completamente a ningún hombre, y este hecho representaba para ella la prueba irrefutable de que había encontrado al amor de su vida, por el que merecía la pena luchar contra viento y marea.

Por otra parte, ella también tenía sus propias miserias afectivas que dejar a un lado: su relación sentimental se había cimentado sobre las ruinas de la ruptura con su mejor amiga.

De este modo, la lamedora de heridas comenzó su labor de mitigación del dolor de su pareja.

Al cabo de un tiempo, parecían la pareja perfecta: guapos, buenos y con éxito. Después de especializarse, él se convirtió en un psicoterapeuta de renombre. Discípulo y heredero de una de las vacas sagradas de su campo, había publicado numerosos artículos y estaba escribiendo su primer libro importante. Ella, por otra parte, se había licenciado y había empezado una carrera legal brillante en un prestigioso bufete asociado.

Sin embargo, Clara aún tenía una espinita clavada: él nunca se le había declarado de verdad. No es que fuese necesario, pero ella se sentía vacía. Además, últimamente, Marco estaba cada vez más ocupado con su profesión, con la carrera académica, con las conferencias y con los congresos, así que su tiempo como pareja se había reducido al momento de la cena, a menudo tarde, y cada uno se iba a dormir a su casa porque al día siguiente él tenía que retomar su trabajo, cada vez más absorbente.

El sexo se limitaba a los pocos momentos de descanso entre el maratón profesional de Marco y la intensa dedicación de Clara a la creación de una carrera propia, así que era como un plato frío e insípido. El doloroso desenlace no quedaba muy lejos.

A oídos de Clara habían llegado rumores de una relación entre su pareja y una bellísima mujer joven. Como era propio de ella, decidió atajar dichos rumores hablándolo cara a cara con su compañero, quien no tuvo ningún problema en contárselo todo: hacía unos meses que estaba viviendo una historia maravillosa con una persona estupenda que le estaba haciendo sentir cosas que nunca antes había experimentado. «No te he dicho nada porque no quería hacerte daño, herirte. He pensado que era mejor que te dieras cuenta paulatinamente, como así ha ocurrido —se justificó él, sin demasiados escrúpulos y añadió—: Además, tú sabías que nunca he estado realmente enamorado de ti. En el fondo, nos hemos ayudado mutuamente en un momento difícil de nuestra vida.» Por pereza o por inercia siguieron viéndose, pero cada vez menos. El día de San Valentín, poco después de la dramática revelación, Clara puso punto final a la historia: fue al despacho de él y se llevó la foto de su escritorio en la que estaban retratados, aparentemente felices.

Ese mismo día, Marco lo celebró con una noche de amor desenfrenada con su nueva y encantadora compañera.

**Guion 17**
***Penélope***

El guion femenino más antiguo en la relación de pareja es el que Homero representa con Penélope, la reina que espera, tejiendo y destejiendo, sin ceder a las lisonjas de otros hombres, el regreso de su heroico marido.

Sin duda, se trata de una mujer virtuosa: guapa y elegante, sobria y esquiva ante sus posibles pretendientes, inteligente e independiente, que nunca abusa de la paciencia de su pareja con sus problemas. En resumen: la mujer que todos los hombres querrían tener y que ninguno abandona, aunque la engañe.

Por desgracia, la perfección en femenino, si se vive cotidianamente, despierta en el hombre la tentación hacia las transgresiones y perversiones más prohibidas. Parecido a lo que ocurre con la mujer-hada.

Sin embargo, si este es el funesto destino de la Penélope en calidad de mujer del gallardo rey, la versión moderna de este guion es bien distinta.

En los últimos años, la que espera al heroico compañero no es la esposa, sino la amante.

Puede parecer sorprendente, pero hoy en día se dan con frecuencia situaciones en las que el guion de Penélope lo representa la amante enamorada de un hombre que ya tiene una relación y, por lo general, está casado y tiene hijos. En este caso, espera pacientemente que el hombre se decida a dejar a la otra para poder vivir por fin su arrolladora pasión con plenitud.

Parece increíble que la versión moderna de la figura de Penélope sea capaz de hacerse ilusiones con su hombre y su comportamiento con tal de dar una justificación plausible a su paciente y fiel espera.

Sin embargo, la mayoría de las veces, la realidad castiga duramente a nuestra soñadora de cuentos de hadas, ya que, casi en la totalidad de los casos, el hombre es de todo menos heroico y nunca dejará ni a la otra y ni a su familia. Así pues, la feliz espera se convierte en una agonía lenta y dolorosa.

Lo que la moderna Penélope, víctima de sus propios engaños amorosos, no consigue ver es que su presencia dulce y discreta junto con la magia que desprende en sus fogosos encuentros, en lugar de minar la otra relación, la fortalece.

En efecto, con su presencia y disponibilidad, la mujer viene a compensar las carencias de la otra relación y ambas acaban complementándose.

En otras palabras, se crea una inalterabilidad sistemática por la que las dos relaciones se sustentan recíprocamente, un equilibrio en el que el hombre siempre se beneficia y nunca sale perjudicado.

Un triángulo amoroso de este tipo suele estabilizarse y durar mucho, e incluso resiste las posibles adversidades de la vida.

Ambas relaciones llegan a complementarse y a equilibrarse tanto que, a menudo, incluso cuando el hombre se decide y elige a una de las dos mujeres, no consigue salir

adelante, porque renunciar a una sume en crisis a la otra. Así pues, o las deja a las dos o no deja a ninguna.

No es casualidad que la única solución sea una tercera mujer que reúna las características que complementan a las otras dos. Pero encontrarla es una hazaña imposible, incluso para el más genial y astuto de los Ulises contemporáneos.

**La historia de Julia**

Julia, 44 años, anestesista, trabaja en un importante hospital del centro de Italia, donde es muy estimada y apreciada por sus compañeros.

Alta y esbelta, de una elegancia sobria, como requiere su trabajo, su cara es perfecta, aunque su expresión es triste. Afirma estar muy insatisfecha de su vida sentimental por una relación que lleva dieciocho años sin definirse, para bien o para mal, así que se considera una «soltera crónica».

Julia conoció a su amor hace veinte años en el hospital. Él era un joven cirujano prometedor y ella, una guapa e interesante médico en prácticas que, en seguida, lo cautivó. Fue amor a primera vista. Por desgracia, el hombre estaba casado e iba a ser padre.

De este modo, tuvieron que mantener en secreto sus arrebatos de pasión, que vivían en los momentos robados al trabajo. Ella había aceptado esa limitación, pues el hombre le había manifestado que no quería dejar a su mujer durante el embarazo.

Los dos jóvenes, como Abelardo y Eloísa, ansiaban el sueño de poder vivir plenamente su amor; pero, cuando parecía que estaban a punto de hacerlo, él siempre tenía una buena excusa para no dejar a su mujer.

El hijo crecía y aumentaba el peligro de hacerle vivir una separación más violenta y trágica aún, pues la mujer nunca sospechó el adulterio.

Como podemos suponer, poco a poco, la pasional y embriagadora Eloísa se fue transformando en la paciente Penélope, que aguarda continuamente a su heroico amor, preparada en todo momento para satisfacer sus deseos.

Dicen que el ser humano es capaz de adaptarse a cualquier condición y tiene la habilidad de engañarse extraordinariamente a sí mismo con tal de conservar a quien quiere. Julia es un ejemplo representativo de esto: durante dieciocho años ha asumido el papel de segundo plato, confiando en ser el primero; haciendo las veces, no solo de amante, sino también de leal consejera de todos los problemas por los que su Ulises ha pasado en su vida profesional y familiar.

Llegó el día en que parecía que el último obstáculo para su unión definitiva iba a ser superado: los 18 años del hijo. Se lo había prometido solemnemente: cuando el hijo fuese mayor de edad, se sentiría libre para separarse. Pero, cuando llegó el momento, el hijo, que, en apariencia, había crecido sin problemas, le reveló al padre que era cocainómano. El médico se sintió responsable y con el deber de seguirlo de cerca para ayudarlo a salir de su dependencia, pues nunca había sospechado que fuese drogadicto.

¿Cómo iba a destruir a su familia y amenazar con causar en su hijo un dolor que podría agravar la situación?

Una vez más, Julia comprendió las razones de su amado y aceptó la idea de aplazar la realización de su sueño para tiempos mejores: Penélope sigue tejiendo y destejiendo

pacientemente su tela mientras espera que llegue Ulises tras la que confía que sea su enésima y última hazaña.

**Aprende a gestionar lo que no puedes cambiar**

Después de haber descrito los diecisiete guiones sentimentales típicos de las mujeres modernas, es importante recordar que no son patológicos, sino que se adquieren como modalidad de relación funcional mediante la experiencia. Esto significa que ninguno de los guiones es incorrecto por sí mismo, sino que su rígida recurrencia es lo que los hace disfuncionales. Por este mismo motivo, mi exposición se ha centrado en mostrar a la lectora que estos guiones funcionan bien al principio; pero, si luego se repiten, acaban fracasando.

He tratado de evocar, con la esperanza de haberlo conseguido, lo mejor posible la aversión que se siente cuando estos modelos de relación cristalizan, pues ese es el verdadero peligro.

Hemos de tener en cuenta que intentar anular algo que se ha adquirido a lo largo de muchos años puede producir el efecto contrario y hacer que se haga cada vez más presente. De hecho, si intentáramos que una mujer cambiase radicalmente su guion sentimental, tanto ella como su identidad acabarían desestabilizadas.

El riesgo sería un auténtico trastorno de despersonalización en sentido patológico. Y nos encontraríamos ante la embarazosa situación de haber empleado tanto esfuerzo y tiempo para sacar a la persona del fuego para hacerla caer en las brasas.

En efecto, esto es lo que ocurre cuando, debido a una experiencia realmente terrible, una mujer reacciona adoptando el tipo de relación opuesto con el sexo masculino. Por ejemplo, el hada destrozada empieza a comportarse como una bruja transgresora exhibiendo la desinhibición sexual que ha sufrido y ha adquirido. Este hecho no solo la salvará de los desastres sentimentales anteriores, sino que la llevará a obtener resultados aún peores.

En cuanto a sus efectos, los opuestos se tocan, pues son caras distintas de una misma moneda, pero con la diferencia de que la persona carece de una identidad estable y corre el riesgo de desarrollar una patología psíquica.

Dicho esto, la lectora podría pensar que, una vez estructurado un guion amoroso y sentimental, no hay salvación posible para su destino. Y así son las cosas. Por desgracia, la realidad es que, en este caso, el cambio, entendido como una erradicación total de la modalidad de percepción y reacción adquiridas en la relación con su pareja, parece imposible. Incluso en el caso que hemos mencionado, pasar al guion contrario, no significa que lo eliminemos, sino simplemente que nos rebelamos contra él. Está comprobado que, como toda forma de rebelión, reforzamos lo que desearíamos destruir.

Esto puede parecer realmente paradójico si lo afirma uno de los que se consideran mayores expertos del cambio terapéutico y estratégico. Es lícito que mi lectora piense: «Entonces, ¿no hay solución posible?».

Mi respuesta es que el hecho de que no podamos proponer un cambio radical no significa que no sea posible aprender a convivir con las propias particularidades personales y relacionales y obtener buenos resultados; o lo que es lo mismo, la constatación de lo que hemos afirmado debe conducir a abandonar la idea de una transformación total y sustituirla

por la capacidad de aprender a controlar las propias tendencias, modulándolas y reorientándolas para que cada vez sean más funcionales, de modo que consigamos impedir que cristalice en un esquema fijo.

De hecho, el primer paso hacia la gestión funcional del estilo de relación con el compañero es hacer que este sea flexible y amoldable.

Sin embargo, para suavizar las tendencias que ya se han naturalizado, el esfuerzo de la voluntad funciona bastante poco o, como ya hemos mencionado, produce efectos paradójicos, pues refuerza lo que se desearía cambiar. Este fenómeno tiene lugar porque nuestras acciones y reacciones en una relación de pareja están dominadas por las emociones y no por las cogniciones. Como escribía el poeta: «El placer es el escollo contra el cual los seres humanos desean naufragar», y como confirma el filósofo: «El corazón tiene razones que la razón ignora». Ninguna fuerte racionalización puede contener la energía de una pasión.

Así pues, la única manera de conseguir nuestro objetivo es utilizar la misma fuerza de nuestras pasiones y emociones oponiéndolas, es decir, crear sensaciones contrarias cuando se radicalicen las modalidades de relación con la pareja.

En efecto, si pensáramos en la trágica evolución de nuestro guion sentimental, sentiríamos miedo y aversión inmediatos hacia aquellas conductas y comportamientos que, de lo contrario, veríamos como naturales.

El miedo a un sufrimiento futuro mayor del que se siente en el presente hace que lo supere con tal de evitar consecuencias peores, de la misma manera que un gran placer futuro puede inhibir la compulsión por consumir algo menor en el presente.

Técnicamente, esto es lo que se denomina «autoengaño estratégico», es decir, la capacidad de provocarnos reacciones viscerales e involuntarias mediante la creación de imágenes con el resultado de producir la aversión o la intensificación de nuestras sensaciones ante un fenómeno. Se trata de una vía indirecta que permite evitar las adversidades y los posibles efectos paradójicos que se producen cuando, con racionalidad y voluntad, queremos contener directamente nuestros sentimientos afectivos y emotivos.

La finalidad de esta exposición de diecisiete guiones con sus respectivas historias dramáticas es proporcionar a la mujer una serie de imágenes evocadoras para que las utilice de modo estratégico, a fin de que suavice y module sus tendencias en su relación de pareja. Así pues, invito a todas las lectoras a que tengan presente el guion en el que se reconocen y la historia en la que este se ejemplifica como medio para provocar sanas reacciones contrarias al modo en que se comportarían de manera natural con la pareja, para evitar que urdan una trampa en la que, inevitablemente, acabarán prisioneras.

**Incorporar para contrarrestar**

Además de lo que hemos descrito en el capítulo anterior, con la finalidad de gestionar esas tendencias que se han naturalizado y que se manifiestan cada vez que entra en juego una pareja real o simplemente deseada, podemos recurrir a otra estrategia, mucho más activa y concreta que la anterior, que, sin embargo, sigue siendo fundamental.

Volviendo a la analogía teatral, todos sabemos que lo peor que le puede pasar a un actor de éxito es que se lo encasille en un único personaje, en ese papel que hace tan bien

que siempre le piden que lo interprete, impidiéndole, así, demostrar que es capaz de encarnar otros. Una vez más, el éxito de un guion se convierte en una prisión anuladora. Asimismo, la mujer se acomoda en el guion amoroso y sentimental que mayores recompensas le ha proporcionado y, gradualmente, se va convirtiendo en su prisionera.

Esta observación, que podría parecer una consecuencia evidente de lo que hemos planteado hasta ahora, indica, en realidad, el método que podemos aplicar para evitar encasillarnos por completo en el personaje que mejor sabemos interpretar.

De hecho, el actor que quiere salir de su encasillamiento trata de interpretar otros papeles nuevos y se los impone a su público hasta que, gracias a que vuelve a cosechar éxito, se le reconoce su capacidad para interpretarlos. De esta manera, consigue liberarse de la prisión de su personaje.

Del mismo modo, la mujer debería tratar de interpretar guiones amorosos y sentimentales diferentes. En otras palabras, incorporar distintas modalidades de relación con el otro sexo para contrarrestar la estandarización de ese guion que se ha naturalizado con el paso del tiempo.

Todo esto resulta más fácil porque, si bien he hecho una división clara en diecisiete guiones para ilustrar mejor sus características, es raro que una mujer interprete solo uno; es decir, normalmente se presentan combinaciones de guiones que se apoyan en el más consumado a través de la experiencia. Por ejemplo, podemos encontrar el hada-seductora o la bruja-amazona, o incluso la directora-timonel o la lamedora de heridas-Penélope.

Siempre se observa una especie de coherencia combinatoria, es decir, raramente se encuentran mujeres que presenten guiones opuestos. Cuando se hallan estos tipos, nos encontramos ante una desequilibrada o ante aquella que con su ambivalencia vuelve locos a los hombres.

Como es lógico, todo esto hace mucho más fácil que se aplique la sugerencia de incorporar a lo que surge de manera natural, automatizado con el paso del tiempo, algo deliberado que no lo suprima, sino que, simplemente, evite que se convierta en una dañina exclusividad.

Esto es lo que en física se denomina juego de contrapesos, cuya función es mantener un equilibrio constante en el movimiento oscilatorio. Pensemos en los prodigiosos juegos mecánicos del Renacimiento, en los que la hábil canalización de la energía hacía que el movimiento se autoalimentara y fuese perpetuo.

Por otra parte, los expertos en *coaching* y psicoterapia conocen muy bien la técnica del «como si»,desarrollada por Paul Watzlawick en 1980 a partir de la famosa cita de Pascal «compórtate como si creyeras; la fe no tardará en llegar».

En otras palabras, si me prescribo a mí mismo poner en práctica otro guion de conducta y de comportamiento y percibo que funciona, con el paso del tiempo se configurará como un nuevo repertorio automatizado.

De la misma manera, una mujer puede prescribirse incorporar a sus tendencias naturales en la relación de pareja otras modalidades que, si obtienen buenos resultados y se repiten con el tiempo, se convertirán en guiones adicionales a los ya conocidos y equilibrarán toda posible oscilación amorosa.

Para ser más claros, si el hada-seductora se impone una conducta y comportamiento de ejecutiva, sentirá de primera mano que es capaz de controlar directamente al sexo opuesto en lugar de ser artífice y víctima de sus hechizos y de su seducción.

Siguiendo el mismo modelo, la bruja-amazona podría incluir en su repertorio a la que busca al príncipe azul, con el fin de contener su tendencia a entregarse a todos, para

luego pisotearlos y terminar ella misma pisoteada y rechazada.

La clave es elegir bien el guion alternativo, que, para que sea efectivamente correctivo, debe representar un contrapeso real de las tendencias en juego, pero, al mismo tiempo, ser congruente; pues, de lo contrario, no es aplicable. No se le puede pedir a una bruja que sea un hada, así como a una Penélope no se le puede pedir que sea una amazona o a una besadora de sapos, una desbordante.

Esto significa que, para que la orientación que debemos incluir en la modalidad natural se ponga en práctica y tenga éxito en el futuro, esta debe basarse en prerrequisitos de afinidad o complementariedad.

Por lo demás, también en el teatro o en el cine, el actor que quiere incorporar nuevos personajes a su repertorio debe evitar hacer piruetas muy arriesgadas: si un actor dramático se pone a hacer cabaré, normalmente no hará reír a nadie y, si lo consiguiera, el resultado no compensaría el esfuerzo realizado. En cambio, si interpreta papeles diferentes pero cercanos a su personaje principal, tendrá más éxito con menos esfuerzo y, además, cambiará la percepción de sí mismo como actor encasillado en un único papel.

En conclusión, interpretar una combinación de guiones amorosos y sentimentales complementarios permite que la mujer exprese esa dosis de ambigüedad necesaria para parecer más fascinante e intrigante, misteriosa y enigmática, difícilmente catalogable y controlable por parte de su compañero.

En efecto, en la percepción del hombre, la mujer que puede definirse con claridad y simplicidad atrae mucho menos que la que escapa a un juicio inmediato. En el primer caso, la percepción del hombre es la de poder manejarla y controlarla a su antojo; en cambio, en el segundo, siente que tiene que revelar un misterio.

Al contrario de lo que enseñan a las mujeres el sentido común y la buena educación tradicional, conductas y comportamientos siempre coherentes y congruentes hacen a la persona previsible y carente de encanto. Esto vale aún más si cabe para la percepción que las mujeres tienen de los hombres: el perfecto y meticuloso resulta insoportable, pese a que, en un principio, pueda parecer agradable y tranquilizador. Sin embargo, la persona que oscila entre modalidades diferentes se muestra poco previsible y, por tanto, irresistiblemente fascinante.

Nadie debería olvidar lo que la psicobiología y la psicología de la percepción nos llevan enseñando desde hace tiempo: un estímulo, por muy placentero que sea, cuando se repite muy a menudo reduce gradualmente su efecto. Esto no ocurre porque la intensidad del estímulo se reduzca, sino porque nuestro sistema psicobiológico tiende a adaptarse a aquello que se repite y, por tanto, reduce su impacto como sensación.

Así pues, por naturaleza, nos estimulan y atraen los cambios y no lo que se mantiene constante. Esto también explica que en las relaciones sentimentales, en ocasiones, sucedan acontecimientos incomprensibles a la luz de la razón.

Siguiendo estas consideraciones, la capacidad de alternar diferentes modalidades personales y relacionales y de oscilar entre guiones diferentes aunque complementarios no solo representa un consejo útil para corregir peligrosos anquilosamientos, sino también una estrategia indispensable que hay que mantener a lo largo del tiempo para evitar resultar poco deseables.

Así pues, no podremos quejarnos de que nos hayan rechazado, aunque se trate de personas aparentemente correctas que no han hecho nada malo.

Los aplausos no se piden, se ganan.

**El amor sabio**

Antes de concluir este escrito debemos tratar un argumento realmente debatido: ¿existe el amor sabio? Es decir: ¿es posible construir una relación sentimental capaz de preservar la pasión más romántica y, al mismo tiempo, mantener una interacción de pareja equilibrada y constructiva?

Antes de dar una respuesta superficial a este dilema, hay que argumentar bien el problema.

**Argumentación n.º 1:** El amor pasional se opone por naturaleza a la sabiduría y, como efecto de impulsos viscerales, obviamente, no responde a la reflexión estratégica. De hecho, cito de nuevo a Pascal: «El corazón tiene razones que la razón ignora».

**Argumentación n.º 2:** Incluso el estímulo más excitante, si se hace recurrente, reduce sus efectos en virtud de nuestra adaptación perceptiva y fisiológica. Para que la excitación se mantenga alta, necesitamos de cambios continuos: o variedad de estímulos o estímulos alternados con ausencia de estímulos.

**Argumentación n.º 3:** En la fase de enamoramiento vemos en la otra persona lo que queremos ver: el amor es el más sublime autoengaño. Cuando este impulso inicial de la relación pierde fuerza, desilusionarse resulta inevitable.

**Argumentación n.º 4:** La pareja es una «cualidad emergente» que nace de la síntesis entre las características de sus miembros durante los intercambios que se producen en su relación. Así pues, no podemos reducir la relación únicamente a los individuos que la forman, sino que debemos considerarla como una nueva unidad superior.

**Argumentación n.º 5:** Para mantenerse, la relación debe satisfacer cada una de sus necesidades y deseos: en la pareja coinciden dos egoísmos; cuando dichos egoísmos no coinciden, la pareja no funciona.

**Argumentación n.º 6:** La complementariedad, por definición, no es buena; es más, la mayoría de las complementariedades en una relación se basan en los elementos disfuncionales de la interacción entre dos sujetos que se alimentan recíprocamente.

**Argumentación n.º 7:** La pareja, como un sistema vivo, para mantener su equilibrio debe adaptarse, mutando en concomitancia con los cambios evolutivos a los que, inevitablemente, la somete el tiempo.

Resumiendo, un amor perfecto nunca debería apagar el impulso pasional inicial; debería evitar acomodarse en cualquier aspecto, incluso, volviendo a citar a Oscar Wilde, en una larga serie de días felices.

Sin embargo, aunque mantuviéramos los estímulos y la pasión, deberíamos estar preparados para cuando se presente irremediablemente el desencanto de los autoengaños iniciales y empecemos a ver en nuestro compañero como defectos lo que antes nos parecían virtudes. Así pues, deberíamos aceptar este hecho como un proceso natural y no interpretarlo como un signo de lejanía y rechazo por parte del compañero.

Deberíamos evitar echarle la culpa a la otra persona en cualquier dinámica de conflicto, pues se trata de una consecuencia de la relación y no de las características del otro.

Deberíamos cultivar nuestros intereses personales incluso cuando no coincidan con los del compañero, de modo que garanticemos nuestra autonomía personal y esa importante simetría que compensa la posibilidad de caer en complementariedades patógenas.

En conclusión, se trata de aceptar previamente las fases del cambio, tanto estético como fisiológico, que el tiempo acabará presentando.

Imagino que la respuesta inmediata será otra pregunta: ¿quién puede ser capaz de un amor tan equilibrado?

La respuesta la obtenemos de la observación de esas pocas parejas que, de una manera excepcional, viven una relación intensa y feliz durante toda su vida.

La primera característica de estas parejas nos lleva a una observación etológica que tiene que ver, qué casualidad, con las pocas especies de animales monógamos: esto es, la continua práctica del rito del **cortejo** en su vida. En efecto, tanto estos animales como los seres humanos que permanecen unidos toda la vida se caracterizan por seguir cortejándose a lo largo de su historia sentimental, como si siempre se encontrasen en la fase inicial de su relación. Este fenómeno no se refiere solo al ámbito erótico, sino que también tiene que ver con la seducción.

Por desgracia, como resulta evidente para todos, en la gran mayoría de las parejas se observa precisamente lo contrario: al cabo de un tiempo, el cortejo y la seducción se desvanecen y dan lugar a una envilecedora habituación a la vida en pareja y en familia.

Un segundo componente estrechamente relacionado con el primero, típico de las parejas felices para siempre, es la **complicidad**: es decir, los dos miembros de la relación mantienen un contacto continuo a través de una alianza de la que ambos participan. Si están rodeados de muchas personas, se lanzan miradas cómplices entre ellos; si uno de los dos se equivoca, el otro se pone de su parte sin criticarlo, y solo más tarde le hace ver el error; ante cualquier problema del compañero, ella se pone de su lado, sin sustituirlo, sino haciéndole sentir presente su apoyo.

Lo contrario en este sentido también es evidente si observamos lo que sucede normalmente en las dinámicas de pareja.

Por último, la tercera característica, quizás aún menos frecuente, que connota la relación amorosa a largo plazo es la **exclusividad**: es decir, lo que ocurre entre las dos personas es único e irrepetible con otro sujeto. Esta característica no es una inclinación natural de la relación, sino algo que, como las dos anteriores, ha de construirse y cultivarse, y, como las flores más bellas, si no se riega, se marchita en una sola noche.

Lo que he escrito no pretende convertirse en una receta para la felicidad; se trata de una simple indicación que deriva de la observación empírica y de la reflexión acerca de lo que funciona y lo que no funciona en las dinámicas amorosas y sentimentales. La receta sería tan difícil de llevar a la práctica, por la singularidad de los ingredientes necesarios y la dificultad del procedimiento, que conseguirlo sería obra de un gran artista.

La imagen metafórica que, en mi opinión, mejor ilustra dicha capacidad es la de los dos acróbatas que caminan sobre la misma cuerda, ayudándose de una sola barra estabilizadora de la que se valen para mantener un funambulesco equilibrio.

**Epílogo**

Al llegar al final de este libro y con solo volver a leerlo, he recordado a mis dos grandes amigos y maestros (a uno lo conozco personalmente, mientras que al otro lo he encontrado y amado a través de sus escritos): Paul Watzlawick y Alfred Polgar.

Este último, en sus *Kleine Schriften* [Pequeñas historias], ha trazado, entre lo trágico y lo cómico, lo dramático y lo grotesco, los acontecimientos humanos de su tiempo en la *Mitteleuropa* de principios del siglo XX, poniendo de relieve toda su común absurdidad.

Me he dado cuenta de que, al contar las historias presentes en este libro, él me ha inspirado de manera inconsciente.

Hace muchos años, Paul Watzlawick, el estudioso más importante del cambio y de la comunicación, me dijo, algo resignado, que, por mucho que pudiésemos desarrollar técnicas terapéuticas evolucionadas, siempre nos encontraríamos ante la desilusión de ver cómo las personas forman parejas no por «afinidades electivas», sino por «complementariedades insanas». Se trata de dinámicas que se repiten sin un tiempo o una justificación aparente.

Tal vez con este intento de formalizar los guiones sentimentales de las mujeres y de ofrecer el modo de afrontar lo que parece inafrontable, esté tratando de responderle.

Volviendo a hacer uso de la analogía con el teatro, me gusta recordar que, en su forma más antigua, la tragedia, había un número limitado de personajes que expresaban las emociones fundamentales. Hoy en día, los personajes y los guiones son más numerosos y complejos, por tanto, los actores, si, por un lado, han de estar mucho más capacitados para evitar encasillarse en su guion, por otro, tienen mayor variedad de papeles que interpretar.

De esto no podemos librarnos, pues, como bien nos ha enseñado el mejor autor teatral de la historia, William Shakespeare, «el mundo entero es un teatro».

Los errores de las mujeres (en el amor)
Giorgio Nardone
ISBN edición en papel: 978-84-493-2520-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Gli errori delle donne (in amore)*
Publicado en italiano por Ponte alle Grazie, an imprint of Adriano Salani Editore
Traducción: Paula Caballero Sánchez y Carmen Torres García

Portada de Judit G. Barcina

© Adriano Salani Editore S.p.A., 2010

© de la traducción, Paula Caballero Sánchez y Carmen Torres García, 2011

© de todas las ediciones en castellano
Espasa Libros, S. L. U., 2011
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2011

ISBN: 978-84-493-2557-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com